HERTA MÜLLER

UNA MOSCA ATRAVIESA MEDIO BOSQUE

SIRUELA
BIBLIOTECA DE ENSAYO

UNA MOSCA ATRAVIESA MEDIO BOSQUE

HERTA MÜLLER

Traducción del alemán
de Isabel García Adánez



Biblioteca de Ensayo 87 (serie menor)

Edición en formato digital: octubre de 2024

Título original: *Eine Fliege kommt durch einen halben Wald*

Diseño gráfico: Gloria Gauger

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-01-0

Conversión a formato digital: María Belloso

MONÓLOGO. UNA MOSCA ATRAVIESA MEDIO BOSQUE[1]

Ya no vive. O sí vive. También se puede vivir sin dar señales de vida.

Sé que ya no vendrá.

Cuando el metal hace ruido al zarandearlo el viento, cuando un árbol tiene la corteza blanca o alguien lleva un pañuelo en la mano, yo enseguida pienso en una cosa distinta de la que veo. Igual debería pensar en lo que veo. Pero no me atrevo. Y quién me dice cuántas vueltas tendría que darle a eso para que me entrara en la cabeza. Y luego a ver cómo me lo volvía a sacar.

Que esté fuera, en el árbol, o dentro, en la cabeza; no tengo ni idea de qué es mejor.

Treinta y cuatro años pasé en la fábrica. Salía al amanecer del turno de noche.

La habitación estaba mucho tiempo sola. A la alfombra, por las noches, mientras yo estaba en el trabajo, le había crecido la lana, así que la mesa estaba más hundida por la mañana que la noche anterior. Los muebles dormían.

Cómo iba a dormir yo, cuando estando dormida veía cubrirse poco a poco las patas de la mesa. Yo por las noches salía huyendo, al turno de noche, con los tornillos. Los tornillos casaban con la noche. Y a las otras mujeres, a las que tenían marido en casa, les hacía un favor.

Con el alba salía del trabajo. Durante el camino de vuelta estaba la luna por encima de los gruesos árboles. Las hojas aún dormían. Las noches tenían polvo, la hojarasca, sueño. Y, en invierno, los árboles estaban desnudos e igual de somnolientos. La madera pesaba mucho.

En el cielo de aquí, la luna estaba sobre la estación de autobuses, y en el cielo de allá, sobre la fábrica de cigarrillos. En el mismo cielo, ninguna de las dos era mayor que un dedo del pie. La luna se calentaba y se apartaba de los árboles y se me acercaba a mí a la cara. Y el sol se enfriaba, se metía dentro de los árboles y se me seguía por la nuca.

Era al revés, pero para mí no. Yo cada mañana me marchaba del principio del día. El sol se me quedaba con ojos de noche en la parte

de atrás de la cabeza y delante tenía la cara, que no había dormido. Y el cielo tenía una joroba de lana, una joroba que se metía en la ciudad.

Al amanecer había dos pares de dedos de los pies…, solo que en distintos pares de pies. Yo hubiera podido imaginarme dos vidas, simultáneas las dos, muy alejadas. Pero no lo hacía. Llevaba en el paladar la imperiosa sed de los tornillos, una sed como terciopelo desgastado. Al ver los dos dedos de los pies, me imaginaba una cosa distinta y de la que nunca podría haber dicho: justo eso es lo que te estás imaginando.

Y es que lo que me imaginaba se me removía en la garganta cada mañana por el camino de vuelta. Tenía que tragar en vacío.

Cuando llegaba a mi habitación, la habitación dormía. Qué iba a hacer, si no había nadie que la recorriera como hacían con otras habitaciones o nadie que se sentara en ella o mirase a ver si todo seguía allí.

Yo nunca llegaba con sueño, solo un poco trastocada del trayecto del trabajo a casa o del aire de la mañana. Me acostaba a dormir en una cama que aún seguía dormida, en una almohada que aún seguía dormida, al lado de una mesa que por la mañana estaba más hundida en la alfombra que la noche anterior.

Había adoptado la costumbre de beberme una botella de leche entera en la fábrica antes de volver a casa. Me llevaba la botella a la boca y me la bebía toda. Me bebía la leche como nieve. Me quitaba los tornillos de la cabeza. Después de beberme la leche, aún daba vueltas por la nave para acá y para allá. Caminaba con mis propios pies como un cántaro con una lengua dentro con un mango largo.

Acostada en la cama, se iba adueñando de mí el sueño. No mi propio sueño. La cama me llevaba tanto sueño de ventaja que yo luego, cuando soñaba, siempre llevaba un vestido de una tela sin color. El vestido era transparente. Habría sido de cristal si a través de él se me hubiera visto a mí. Pero a mí no se me veía. O yo no lo llevaba puesto o no se veía a través de él.

Siempre que soñaba estábamos en la linde de la ciudad en el patatal. Yo llevaba el vestido, y las hojas de patata llevaban flores impregnadas de blanco azulado. Él me cogía la mano. Con la otra me enseñaba las montañas. Eran altas y blancas, aunque el pie lo tenían tan fino como las cimas de lo alto. Yo decía, pero si son paredes de una habitación, ahí está colgado tu retrato. Él decía: la mina está abajo. Yo decía: la fosa. Él decía: la mina. Yo pensaba: la fosa.

Una mañana de camino a casa, junto a la esquina de la fábrica de cigarrillos, vi a un niño con un revólver rojo. No pensé nada cuando el dedo del niño tiró del seguro. Pero luego vino el viento a lo largo de la

larga pared y zarandeó una señal metálica de una trompeta tachada.

Si el viento no hubiese zarandeado el metal, ya ni me hubiese acordado de que, tan temprano, había un niño con un revólver en la esquina de la fábrica de cigarrillos.

El viento se fue para arriba, levantó un remolino de polvo que no sería más grande que una toquilla. El cartel metálico de la trompeta tachada no traqueteó más que un instante. Pero eran cosas así las que me hacían pensar en él. Casi habría podido decir que aquellas cosas de él me venían a la mente, porque no tenía nada que ver con él que se levantase viento y zarandease el metal, o que hiciera viento y los árboles murmurasen o que hiciera viento y solo te levantase a ti el pelo y no las hojas a los árboles.

Al cartero no lo veía nunca. A aquella hora tan temprana nunca se cruzaba conmigo y, más tarde, no me cruzaba yo con él. Hoy sigo sin saber cómo era. Yo no quería verlo nunca, pues pensaba que cada día podía traerme alguna noticia. Una buena o una mala. Por mí no era, sino que él, de por sí, recorría aquel camino a diario con independencia de mi vida. Habría tenido fácil traerme la noticia, yo no lo habría visto echar la carta con la noticia por la ranura del buzón ningún día. Él no habría tenido que verme reír ni habría tenido que verme llorar. También podría haberse olvidado la carta una y otra vez y llevarla encima días y años. Yo no me habría enterado.

También la diferencia entre la buena y la mala noticia se la comieron los años, estuve mucho tiempo sola.

En pleno verano había un espantapájaros tres jardines más allá. Yo sabía cómo se hacen los espantapájaros. Sabía que se clavan dos ramas formando una cruz, que se clava la rama larga en el suelo, se ponen piedras alrededor y así pesa en la tierra. Y en lo alto de la rama se cuelga el sombrero. Y a las ramas cortas se les pone la chaqueta y a la rama larga el pantalón. Que se usa un traje negro, se rellena de paja antes de abrocharle los botones.

Una noche me colé en el jardín y descolgué el espantapájaros de la cruz. Y cuando lo hube hecho, la madera tenía la corteza blanca. Yo solo quería bajar el traje negro y el sombrero de la madera para acostarlo en el jardín, porque llevaba semanas pensando a diario durante el camino de vuelta: lo están dejando expuesto. No los vecinos, sino las frambuesas que la noche enfría y al alba se han convertido en densos coágulos rojos hasta el borde del camino, siempre dispuestas a gotear sangre, eso sí. Y las plantas de judías escarlata, escuálidas y temblonas, sonaban a sonajero como si llevaran piedras dentro.

Y, acostado en el camino, el traje relleno de paja, como las ramas

tenían aquella corteza blanca, ya no tenía nada que ver con él. La corteza tampoco, ahí yo no pensaba en piel, esas cosas no me las figuro yo.

A pesar de todo, viendo aquella corteza sentía que debía darme frío.

Cuando iba en el tren a la otra ciudad, me conformaba. Por fuera viajaba una ola de cielo, campo y matorrales. Y los raíles cantaban. Algunos hablaban entre ellos. Pero como suele pasar en los trenes, cuando los raíles han cantado un rato, se callan. Conversaciones que viajen mucho tiempo no hay. Incluso cuando alguien te cuenta su vida entera, es breve.

Luego se hace el silencio.

Siempre se mencionan trenes y raíles cuando se habla de prisioneros. Se mencionan, pero lo que yo pensaba no era eso. Tampoco era el silencio, después de que un hombre me contara que no aguantaba en casa de su tercera mujer y que a ver a la segunda no iba nunca. Que todas las semanas iba a casa de la primera y le pedía pasar la noche allí, aún tenía cama para él. Tampoco eran los raíles, que cantaban para sus adentros. Todo eso podría haber tenido que algo ver, pero en mi cabeza no tenía nada que decir de él.

Luego, el hombre sacó un pañuelo de su cartera plana, de cuero. El pañuelo estaba recién planchado. Eso sí fue lo que pensé y con lo que pude decirme: ahora vas a pensar eso. Y: ahora vas a pensar eso en relación con él.

El hombre se limpió la comisura de los labios y volvió a guardar el pañuelo en la cartera plana, de cuero.

Hasta la siguiente ciudad había estaciones pequeñas junto a las vías y pequeños pueblos detrás de ellas. El hombre dormía, su mejilla empañaba el cristal. Estando el tren en marcha, yo pensaba en bajarme en alguna pequeña estación. Pensaba en ir al centro del pueblo cruzando la sala de espera de la estación, contemplar las vallas y ventanas por el camino y comprar algo en el centro del pueblo. Algo que se pudiera comer en el momento, sin dejar de andar, un panecillo o una manzana.

Pero cuando el tren paraba en una estación, no pensaba en bajarme. El hombre del pañuelo llevaba la cuenta de todas las estaciones dormido. Notaba la frenada y que los raíles no cantaban. Yo veía cómo, con los ojos cerrados, buscaba las estaciones, cómo sus glóbulos oculares giraban para despertarse pero los párpados que los cubrían no se despertaban, cómo pesaban demasiado para sus ojos. Y cómo sus ojos enseguida dejaban de girar. Cómo volvían al reposo sin haber visto la estación. Yo iba sentada tan quieta que ni siquiera sentía en las rodillas un mínimo reflejo para dar el primer paso. Pero

en cuanto el tren se ponía en marcha, volvía a pensar en bajarme, lo mismo que me podría haber dado por pensar en otra cosa que me rondara la cabeza sin motivo.

Yo sabía que pensaba en bajarme porque no me quería bajar. Solo pensarlo, eso es lo que quería. El pañuelo recién planchado no tenía nada que ver con nada. Pero eso fue lo que pensé que podía llevarme a decir: ahora vas a pensar eso. Y: ahora vas a pensar eso en relación con él.

Yo tenía que llegar a la ciudad. La idea de bajarme por el camino me habría arrastrado a la deriva como la marea, y a él no lo habría traído de vuelta. El cartero no habría traído ninguna noticia, por más que yo hubiera podido quedarme días y días en pequeños pueblos desconocidos.

Cualquier ciudad es más grande que un pañuelo planchado con borde gris, cualquier ciudad es más real. Sin embargo, él estaba más cerca.

Por entonces yo aún sabía qué noticia habría sido la buena y cuál la mala.

A veces les daba la vuelta a la noticia buena y a la mala. Entonces todo era su contrario, no se quedaba como era. Solo era verdad el rato que duraba.

Por las mañanas, mientras sacudía la almohada, pensaba: si las cosas fueran de otra manera, estaría sacudiendo dos almohadas. Colgaba la almohada en la ventana abierta. El aire de la mañana era fresco y, antes de salir el sol, aún no era aire de ciudad. Ahí veía yo que, en el alféizar de la ventana, en realidad no habría sitio para dos almohadas. El aire de la mañana no era frío, porque el sol ya estaba en la otra calle, colgado de uno de los árboles gordos. Y a airear dos almohadas tampoco le habría dado tiempo al aire de la mañana, porque se le echaba encima el tiempo del mediodía.

Yo ponía agua al fuego para hacer café. Tenía mi medida, dos tazas de agua, para que no saliera demasiado. Al echar la segunda taza de agua en la cazuela, pensaba: si las cosas fueran de otra manera, tendría que echar cuatro tazas de agua. En el fondo de la cazuela cantaban para sus adentros las burbujas del hervor. Yo sostenía la tercera taza sobre la cazuela. Todas las veces sostenía la tercera taza de agua fría sobre el agua hirviendo. Pero nunca echaba el agua fría de él. La tercera taza siempre la volvía a vaciar en la pila. Bajo el agua de la taza siempre dejaba el dedo estirado. Dejaba correr toda el agua de la taza por encima del dedo. Una vez vacía, esa era la cuarta taza. Yo todo el tiempo sentía la tercera taza en los dedos como si fuera la cuarta.

Cuando me preparaba algo de comer, llevaba la cesta de las patatas a la cocina. Pelaba una patata gorda. Luego cogía la segunda y le daba vueltas en la mano. Si las cosas fueran de otra manera, pensaba, tendría que pelar dos veces una patata gorda. Pero a la segunda patata nunca le metía el cuchillo. Le cortaba los brotes y la devolvía a la cesta.

Cuando se habla de prisioneros, siempre salen las patatas. Pero las mías no tenían nada que ver. Yo podría haberme imaginado una patata cocida en un *Lager*. Pero no lo hacía. Contaba mi patata sola, la que me estaba cociendo, porque sabía que la patata gorda de él hoy se escapaba. La patata gorda de él no la pelaría para mí hasta mañana.

Si una de dos patatas se escapa siempre, pensaba yo, medio año de patatas se convierte en un año entero. Y en varios años será tanto como un campo detrás de la ciudad. Yo sabía que a él le habría hecho ilusión un campo de patatas entero detrás de la ciudad.

Yo siempre comía deprisa para saciarme sin percibir la comida. Me sentaba siempre de forma que pudiera asomarme a la calle. A veces me quedaba de pie junto a la ventana con el plato en la mano. Por la calle pasaba alguien. O estaba parado y gritaba. O se limitaba a mirar a su alrededor sin decir nada.

Yo era capaz de comer porque podía verlos.

Verlos pasar, estar parados o mirando a su alrededor…, completos desconocidos no eran. Desde arriba eran pequeñitos. De cara no conocía a ninguno.

Yo solo masticaba un instante. Me tragaba los bocados hacia arriba, hacia la cabeza, me había acostumbrado a hacerlo así. Me tapaban el cerebro. Me entraba calor en los ojos, y los movía unas cuantas veces para un lado y para el otro, el calor se quedaba dentro.

Dos hombres que habían vuelto de estar prisioneros decían que su comida preferida eran las patatas, aunque antes no les gustaban las patatas. En eso pensaba yo siempre mientras comía. Uno decía que una patata caliente es una cama caliente. Y el otro decía que una patata caliente de pronto es un verano en la boca, luego puedes volver a pasarte semanas pelado de frío. Y decía que, cuando ondean las banderas, el sentido común se va por la trompeta.

Los dos hombres habían estado en Yenákievo, igual que él. Los dos habían estado en las minas de carbón de las montañas. Las montañas estaban dos estaciones del año blancas, y una, negras. Ninguno de los dos hombres lo conoce. Porque él estaba en el taller de coches y no tenía permitido hablar con nadie.

Si es que era él.

Una mujer que había viajado con ellos y pasó cinco años en Yenákievo en una fábrica le contó a otra mujer en el tren que, debajo de la fábrica, había un gran taller de coches. Y que, en el suelo de la

fábrica, había un agujero tan grande como la copa de un árbol. Ella se asomaba todos los días al taller de coches y veía al hombre que miraba hacia arriba. Tenían prohibido hablar, porque a ella la vigilaban arriba en la fábrica y a él lo vigilaban abajo en el taller.

Para asomarse al taller, ella hacía como que se tenía que atar los zapatos. Los zapatos eran estrechos y le apretaban.

Aquellos zapatos le habrían quedado mejor sin cordones, y los cordones tampoco eran cordones. Eran bastos hilos de saco. Se rompían al cabo de un día. Pero la mujer, por las mañanas, cuando llegaba a la fábrica, siempre sacaba hilos de los sacos para ponérselos en los zapatos y, al menos una vez al día, acercarse al agujero, grande como la copa de un árbol, para atarse los zapatos y ver al hombre del taller de coches.

A veces, la mujer dejaba caer una patata gorda por el agujero del taller de coches. Y a veces se acercaba al agujero, grande como la copa de un árbol, y encontraba junto al agujero del suelo una patata gorda que el hombre del taller había lanzado hacia arriba para ella.

La mujer que había viajado con aquellos hombres decía que una patata caliente es igual que un guante para dos manos. En una, el calor teje algodón en los dedos; en la otra, el frío teje en los dedos alambre. La señora del tren decía: me había encogido el estómago, una patata gorda me saciaba. Pero, cuando el estómago encogido estaba saciado, se me empezaba a venir encima el llanto y lloraba arena. Me había quedado tan en los huesos que llevaba los huesos por fuera. En la fábrica era capaz de cargar hierro. Pero cuando, en el barracón, no podía evitar llorar, el agua me levantaba la piel de las mejillas como si las lágrimas llevasen piedras. Cuando había comido hasta saciarme, decía la mujer, estaba tan sola en mis huesos como la muerte.

La mujer que me contó esto sobre la otra mujer que había viajado con los hombres lo había oído en el tren, en aquel mismo trayecto hacia otra ciudad, en el trayecto que yo recorro a veces.

La mujer que había viajado con ellos se había subido después que ella. Vive en una de las pequeñas estaciones en un pequeño pueblo. Pero la mujer que me lo contó no se había fijado en qué estación se había subido la que había viajado con ellos. Porque la que había viajado con ellos tampoco se puso a hablar nada más subir. Empezó tan tarde que luego había tenido que hablar cada vez más deprisa, porque se acercaba la ciudad de su estación. Su nombre no lo dijo, de todas formas era una imprudencia contarles cosas así a desconocidos durante el viaje. Ella no iba con intención de contar aquello. Se le notaba en la voz que, mientras hablaba, hubiera querido evitar cada palabra. No se sabía qué había llevado a aquella mujer que había viajado con ellos a contar cosas contra su voluntad.

Un día, contó la que había viajado con ellos, había una patata gorda junto al agujero, grande como la copa de un árbol. Ella se ató los hilos de saco de los zapatos para cogerla y asomarse al taller de coches. Con la patata en la mano se dio cuenta de que había un hilo alrededor de la patata. Luego también vio el corte, todo alrededor de la piel. Se guardó la patata en el bolsillo y no se asomó al taller. No vio al hombre del taller. Donde siempre había estado el hombre, ahora había un barril abierto lleno de aceite negro brillante. Ella se vio la cara, que era toda ojos. Las mejillas se le habían hundido. El hambre brillaba en el aceite, clara y oscura, ella se espantó.

Por la noche, cuando llegó al barracón, cortó el hilo de la patata gorda con los dientes. Entre las dos mitades de la patata había un trozo de papel. Dile, ponía, y después una mancha carcomida, un mensaje, tal vez el nombre del prisionero, mujer y manchitas carcomidas, el nombre de su esposa, un pueblo, el número de una calle. Quizá.

El almidón de la patata lo había devorado todo. La mujer que había viajado con ellos coció las dos mitades de la patata y se las comió. Sabía que se estaba comiendo un mensaje, un nombre, un pueblo y una casa.

Después de aquel día, contó la señora en el tren, no había vuelto a ver al hombre del taller. Morirse en el taller no se había podido morir, dijo, porque el día anterior al de la patata cortada estaba en pie.

Si tan solo una vez hubiera ¡do yo a la otra ciudad en el tren el día clave a la hora clave, si la mujer que había viajado con ellos tan solo una vez hubiera ido a la ciudad el mismo día a la misma hora en el mismo tren, si se hubiera subido en una pequeña estación, si las caras de los desconocidos durante el viaje se hubieran prestado una sola vez a que la mujer que había viajado con ellos volviera a cometer la imprudencia de contar su vida contra su voluntad, a lo mejor me habría encontrado.

A lo mejor estuve el día clave en el tren clave y la mujer que había viajado con ellos iba a la ciudad el mismo día en el mismo tren. Pero se subiría en otro vagón y volvería a contar su vida contra su voluntad allí donde no estaba yo.

No me quito esa idea de la cabeza, aunque sé que una cosa así solo se hace una vez.

A lo mejor tendría yo que haber tomado el tren todos los días, y cada día, cuando parase, haberme bajado en una pequeña estación distinta. Me habría pasado días fuera de casa y el cartero habría tenido todavía más tiempo de meter en la ranura del buzón el sobre con la noticia buena o con la noticia mala. Yo me habría liado a preguntar por los pueblitos de una estación detrás de otra.

Pero la mujer a la que buscaba igual se había subido al tren al tiempo que yo bajaba. Y, al tiempo que yo la buscaba, ella había ido subida al tren.

Yo habría estado contemplando vallas y ventanas del pueblo y ella habría pasado las siguientes pequeñas estaciones contado su vida en contra de su voluntad.

A mí nunca me tuvieron vigilada. Una vez trabajé en el taller de orfebrería. Allí el trabajo no es tan sucio, pensé, ni tan pesado. Pues tanto oro y tantos tornillos como hay en la fábrica no hay en un taller de orfebrería. A lo mejor solo fui al taller de orfebrería porque uno de los hombres que regresaron había dicho que en Rusia le dicen oro negro al carbón.

En el taller de orfebrería venía el policía tres veces diarias, mañana, tarde y noche, a apuntar quién traía oro y qué se hacía con él. Se hacían cadenas finitas con una cruz lisa, o cadenas gruesas con un Cristo en la cruz. Eso no estaba prohibido, y permitido tampoco. A mí me parecía igual que las ramas puestas en cruz y el traje relleno de paja del jardín.

El oro no es mejor que el hierro. Nunca tuve la tentación de robar oro. Hierro sí que robo a menudo, cuando lo necesito, los tornillos se venden bien en la ciudad.

Cuando ya quería ser primavera, la tierra de la ciudad aún estaba congelada y dura. Ahí vino una mujer de un pequeño pueblo a traer un pendiente envuelto en un pedazo de papel de periódico arrugado, con la espiga, delgadísima, que se le había partido. En la articulación de la espiga se había caído el tornillito.

La mujer tenía mi edad.

No fue por la tierra congelada de fuera ni por la espiga del pendiente. El pendiente tenía tres piedras de color verde noche cuyos extremos se tocaban en la parte de abajo y luego se separaban hacia arriba. Yo sostuve el pendiente en la mano y así me quedaba tan lejos que las piedras solo miraban hacia dentro. Se me clavaban en los ojos. Tuve que cerrarlos un rato, sintiendo las piedras bajo los párpados.

Las piedras cuyos extremos se separaban por arriba eran un trébol y era un trébol congelado. Las piedras que formaban los laterales me las habría podido imaginar como dos vidas simultáneas, y como la piedra de los años la que estaba entre ambas. No lo hice, no se me ocurre inventarme esas cosas. Tampoco pensé en él, no de tal manera que hubiera podido decir: eso te lo estás imaginando tú ahora. O: eso te lo estás imaginado tú ahora en relación con él.

Cuando se habla de campos de trabajos forzados, suele salir el trébol congelado, aunque en mi cabeza no tenía nada que ver con él. El trébol congelado puso en el sitio por donde veían mis globos

oculares algo que yo no podía saber ni tampoco podría haber intuido. Se quedó dentro de mis ojos, aunque vino el policía.

En toda la noche no se quedó a oscuras el cuarto, porque en las piedras verdes había más tinieblas que en un cuarto sin luz.

El policía pasó por el taller de orfebrería por la tarde. Puso en la balanza el pendiente y la espiga. El tornillito diminuto se le quedó debajo de la uña. Se metió la punta de una lima por debajo de la uña y entonces ya cayó el tornillito a la balanza. Lo pesó, y la balanza marcaba cero y cero y cero y, al final del todo, un uno.

Cuando lo hubo apuntado, todos nos tuvimos que desnudar, porque faltaba oro. Tuvimos que sacudirnos el pelo encima de la mesa. Y él nos pasó por el vello púbico un peine doble de dientes muy finos.

Pero el peso que faltaba en la báscula estaba dentro de mis ojos. Eran las piedras.

No estuve más que dos meses en el taller de orfebrería, quise volver a mis tornillos.

A veces canto para mis adentros. Canto: mi vida es un dedal. Eso no es ninguna canción, pero yo la canto. Lo que se puede decir sin voz también se puede cantar sin voz.

En la nave de la fábrica no me oía cuando cantaba bajito. Pero en casa me oigo incluso cuando canto sin voz: mi vida es un dedal. Y la de él también. Eso no lo canto. Eso no me lo puedo decir para mis adentros, eso lo pienso.

Un dedal y luego otro…, solo que en dos pares de manos distintas. Las mías han cumplido los cincuenta y seis. Las suyas, un día, tuvieron veinte.

A veces canto: mi vida es una sucesión de gorgoritos. Y callo. Tengo una trompeta tachada delante de la boca.

Una mosca atraviesa medio bosque.

Y luego.

Una mosca atraviesa un bosque entero. Y otro, y uno más.

Y luego.

A veces, por la noche, sube el ascensor hasta mi descansillo. Chirría y yo aguzo el oído, no se baja nadie. Cuando voy y abro la puerta, dentro del ascensor no hay más que una lucecita amarilla. Me ciega. Y ahí sé que del ojo a la boca hay mucho tiempo.

Si él mañana por la noche estuviera en el ascensor, yo no sería más que la esquina de una calle desconocida. Una cita, eso sería yo, una cita que ya no recuerdo. Y él no sería más que una suerte tremenda. Todos los años que han pasado entre nosotros también cuentan para

él. Creo haberle dejado esos años entre nosotros para que diera señales de vida. Pero sin decir el sitio.

PALABRA DEL CORAZÓN Y PALABRA DE LA CABEZA. ALEMANIA Y SUS EXILIADOS[2]

Para empezar, tengo que contarles algo de cuando abandoné Rumania y llegué a Alemania. Estaríamos unas diez personas en la sala de espera de la pequeña estación de la frontera. El tren hacía tiempo que había llegado, estaba parado en el andén. Ya habían subido todos los demás, excepto mi marido, mi madre y yo. Nos miramos y pensamos: todo apunta a que no van a dejarnos salir del país, nos han tomado el pelo haciéndonos venir hasta aquí y esta noche nos mandan de vuelta a casa en el tren que no es. ¿Y adonde iremos, entonces? El piso ya lo habíamos tenido que entregar de nuevo al Estado, «impoluto»; hasta el último objeto que había en él lo habíamos malvendido, regalado o tirado. Una maleta era todo lo que teníamos. Y de los años y años de acoso por parte de la Securitate, yo tenía los nervios tan destrozados que ya no distinguía la risa del llanto. En aquella sala de espera, adopté un rostro impasible. A mi madre le temblaba la barbilla. Tres policías no nos quitaban la vista de encima. Teníamos prohibido hablar. Yo le di un codazo a mi madre y le dije: De llorar, nada, ¿entendido? Luego, en lugar de dejarnos subir, aún nos sometieron a un último cacheo, como si después del primero hubiéramos tenido ocasión de guardarnos algo sacado del aire de la sala de espera. A continuación, un policía por fin nos acompañó al tren. En la escalerilla, me agarró del brazo como para ayudarme a subir. Pero me dijo: Que no se te olvide, os pillaremos en todas partes. No habíamos encontrado nuestro compartimento cuando el tren se puso en marcha.

Hasta no ver la primera estación húngara a la luz neblinosa de las farolas no me creí de verdad que nos marchábamos, que el tren no nos estaba engañando.

Y había otro detalle: era el 28 de febrero de 1987, aunque en nuestros pasaportes ponía 29 de febrero…, un día que no existía, puesto que 1987 no fue bisiesto. Claro, tal y como se esperaban los rumanos, este último escollo burocrático funcionó año y medio más

con todo funcionario alemán. Se tratase de lo que se tratase, me tocaba explicarle al funcionario de turno que ese 29 de febrero del pasaporte no era culpa mía, sino un último obsequio de la Securitate. Y solo con eso se perdía, a veces, media hora.

Pasamos por Austria, donde el tren hizo una parada para grabar un programa de televisión: un programa que trataba de la dictadura de Ceaușescu. Al día siguiente continuamos el viaje hasta Alemania. En Nuremberg fuimos a parar al centro de acogida temporal de Langwasser. Y de la noche a la mañana se produjo una transformación: el día anterior, en Austria, yo era considerada una disidente; ahora, en Nuremberg, me tachaban de agente rumana. El BND[3] y la Oficina Federal para la Protección de la Constitución me interrogaron durante días. La primera conversación ya fue surrealista.

Pregunta el funcionario:

—¿Tuvo usted trato con los servicios secretos rumanos?

Yo digo:

—Más bien ellos conmigo.

El funcionario:

—Esa diferenciación será cosa mía, que para eso me pagan.

Cuando quise contar todo lo que me había sucedido en Rumania, me interrumpió. Ingenua de mí, pensé que le había aclarado el error. Entonces, el funcionario dijo:

—Si, de todas formas, viene con alguna misión de su parte, todavía está a tiempo decirlo.

Yo le pregunté cómo no se informaba de lo que pasaba en Rumania antes de inculparme.

A eso respondió con una frase que también decían siempre los interrogadores de la Securitate:

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros.

A aquella conversación le siguieron más, y la locura fue en aumento. Me dieron unos impresos con retratos tipo para que describiese el aspecto de los agentes de la Securitate con los que había tenido trato. Yo los corregía una y otra vez: Fueron ellos los que trataron conmigo. Pero el funcionario hacía oídos sordos. En aquellos impresos se trataba de indicar cómo eran su ropa, su cara, orejas, uñas. Para todo había adjetivos preparados. Cuando yo decía: En las orejas o las uñas no me fijé en su momento, estaba desesperada, tenía miedo de que me matase, el funcionario alemán respondía como un autómata: Haga memoria. ¿Cómo voy a recordar algo que en su momento no percibí?, preguntaba yo. ¿Usted ha tenido tanto miedo alguna vez? Él, de nuevo, como si fuera sordo. Yo también preguntaba si los servicios secretos alemanes serían capaces de reconocer a un agente de la Securitate por las orejas o las uñas si aparecía por Alemania. A lo que me respondían de nuevo con la frase de: Las

preguntas las hacemos nosotros. Me daban una hora, dos, para que «reflexionara». Y cuando terminaba el descanso, vuelta a empezar. Así durante varios días. Hasta que me propuse asignar al azar uno de aquellos adjetivos alemanes del impreso a cada parte del cuerpo de los agentes de la Securitate con tal de que acabasen de una vez aquellos interrogatorios. Para la ropa, las opciones de adjetivos eran: elegante, desaliñada, deportiva y funcional. Y yo siempre le decía al funcionario alemán: como la que lleva usted. Y el interrogador alemán respondía todas las veces, con un tono de orgullo: Bien, entonces marcaremos «funcional».

Cualquier otro adjetivo me decía algo. Pero «funcional» no. ¿Acaso ese «funcional» encierra algo escondido, elegido con premeditación, porque es apropiado para esa función que no debe saberse cuál es? ¿Con «funcional» querrán decir los servicios secretos que esconde algún tipo de trampa? En realidad, lo «funcional» no era la ropa que llevaba, sino él mismo. Y, por consiguiente, me obligaba a mí también a volverme funcional, para terminar de rellenar de una vez por todas aquellos condenados impresos de los retratos tipo que me recordaban a las representaciones de las razas de la antigua enciclopedia Brockhaus de mi abuelo.

El absurdo continuó en todos los despachos por los que me obligaba a pasar mi «documento provisional». Como prueba de mi nivel de alemán me tocó declinar sustantivos, conjugar verbos… El examen de alemán lo pasé. No obstante, en el siguiente despacho me preguntaron si era perseguida política o alemana de origen. Yo dije: Las dos cosas. El funcionario dijo: Las dos cosas no se puede ser, para eso no tenemos formulario. Se tiene que decidir por una de ambas. El funcionario me preguntó si en Rumania me habrían perseguido igual por hacer lo que había hecho si lo hubiera hecho siendo rumana. Yo dije: Sí, para un rumano habría supuesto el mismo riesgo. A lo que respondió: Pues ya lo tenemos, o sea que usted no es alemana.

Mi madre había conseguido que le sellaran el documento hacía días. Ella ya era alemana, había alegado «reagrupación familiar» como motivo de la solicitud de acogida en Alemania, y al cabo de unas pocas semanas le llegaron a Berlín los papeles de la nacionalidad alemana. Yo tuve que esperar año y medio. De cuando en cuando, llamaba a la Oficina de Extranjería y siempre me contestaban lo mismo: Deje de llamar. Usted no puede acelerar el proceso en modo alguno. Requiere investigaciones muy pormenorizadas. Y luego recibía, al mismo tiempo, amenazas de muerte desde Rumania y visitas de la Oficina de Protección de la Constitución para avisarme de que mi vida corría peligro. Me daban consejos: había bares a los que no debía ir, o no debía entrar nunca en casa de alguien que no conociera, no alojarme nunca en una planta baja si iba de viaje, no

aceptar regalos de desconocidos, no perder nunca el paquete de tabaco si lo dejaba en la mesa, no atravesar un parque sola jamás y, por la ciudad, llevar una pistola de fogueo en el bolso. No viajar a la RDA ni atravesar su territorio, pues me podía secuestrar la Stasi por encargo de la Securitate y devolverme a Rumania. En tal caso no podremos hacer nada por usted, me decía el señor de la Oficina de Protección de la Constitución, porque como no tiene usted la nacionalidad alemana… Para aquella Oficina de Protección de la Constitución yo era una persona perseguida y en peligro, para los servicios secretos alemanes y el servicio de Inmigración, en cambio, seguía siendo una espía rumana. Entonces fui yo la que le solté al funcionario, en cuya documentación pude ver que, para colmo, se apellidaba «Fröhlich»,[4] la frase que había aprendido en Núremberg: Se tiene usted que decidir si soy perseguida o espía, las dos cosas a la vez no se puede.

Después, nunca he vuelto a necesitar tanto la nacionalidad como en aquella época en que me la denegaban. El motivo de que sospechasen de mí eran las calumnias que había difundido la Securitate. Las llevaron a efecto con ayuda de la Banatschwäbische Landsmannschaft. La Asociación de Compatriotas del Bánato Suabo también tenía un despacho fijo en el centro de transición de Núremberg. Como he podido leer ahora en mi expediente, estaba plagada de «colaboradores no oficiales», como llamaban a los informantes. En las publicaciones de la Asociación llevaban años haciendo campaña contra mí. Me tachaban de «ave que ensucia su propio nido» y de espía. Es probable que fuera también la Asociación la que informaba a los servicios de seguridad de la REA por encargo de la Securitate. Se conocían todos muy bien, en el centro de transición estaban todos los despachos puerta con puerta. Confluían el odio de aquellos «amos de la patria», los planes de la Securitate para calumniarme y los servicios secretos alemanes. La Asociación tenía la oportunidad de convertir en venganza su rabia contra mí de un modo harto «funcional» a través de la burocracia alemana. El hecho de que esa Asociación jamás hubiera dicho ni una palabra sobre la dictadura rumana no daba que pensar a los servicios alemanes en absoluto. Como tampoco que aquella Asociación colaborase amistosamente con la embajada rumana para agilizar los procesos de reagrupación familiar.

Con aquella jugada de darle la vuelta a los hechos no había contado yo. Las autoridades alemanas me confundieron con otra persona. Pero no con otra persona que existiera, sino con una que se habían inventado mediante la calumnia. Y eso cuando cada año entraban en Alemania diez mil migrantes rumanos que venían a reagruparse con sus familias, y entre ellos cientos de espías. Esos, en

cambio, eran alemanes bienvenidos, en tanto que a mí no paraban de interrogarme, porque me negaba a obviar la persecución política. Porque concedía importancia a la verdad, una verdad que me había costado muy cara. Yo no estaba en Alemania para reunirme con ningún familiar, sino en el exilio. Para mí era un concepto no negociable. Insistía en mi derecho a hacerlo constar, porque así se correspondía con los hechos. Claro, a las instancias oficiales les molestaba, porque no querían saber nada de la dictadura. Me cortaban la palabra, cuando quería explicarles cómo aquella dictadura se había metido hasta lo más hondo de mi vida privada. No querían saber nada de mi vida privada en Rumania para que no se les vinieran abajo los argumentos de la calumnia.

La palabra «exilio», allí en Núremberg, no era compatible con ser alemán. Y también hay que decir que aquel centro de transición estaba justo enfrente de la sede del partido de Hitler. Ese fue el primer *shock* que nos llevamos al entrar en nuestra habitación: desde la ventanita se veía el mamotreto donde Hitler celebraba los congresos de su partido nazi.

Cuando salía a la calle para intentar despejarme la cabeza entre interrogatorio e interrogatorio, me invadía el horror: me topaba con el invierno, con su anochecer temprano salpicado de copos de nieve y con aquel monstruo de piedra. Me aventuraba a salir a aquel circo. Escaleras altas, nieve fina, ráfagas de viento, entre las grietas de las piedras, hierbas escuálidas como bigotes y pelucas temblorosos. Faltaba poco para que me estallase la cabeza. En el interior del centro de transición, la locura total; en el exterior, el epicentro de los crímenes nazis.

A quién se le había ocurrido construir un centro de transición en aquel lugar. A quién se le ocurría obligar a permanecer allí a gente que llegaba trastornada de una dictadura. ¿Es que nadie se planteó lo que confluía en un mismo espacio? ¿Cómo se supone que van a respirar de alivio en semejante entorno los perseguidos políticos que por fin llegan aquí, después de haber conocido todos los registros del miedo?, me preguntaba yo. ¿Es que a Alemania no le daba vergüenza ofrecernos aquella monstruosidad de sitio como alojamiento nada más llegar? ¿Sería que aquel centro de transición tan solo se había construido allí como algo «funcional», ignorando por completo los sentimientos de quienes acudían a refugiarse e ignorando por completo la historia del papel que había tenido Núremberg en la época nazi? La burocracia del interior de aquel centro, el entorno cuando salías de él… Doblemente «funcional», la cosa.

En 1987 me hicieron darme cuenta de que Alemania, que había empujado al exilio a cientos de miles de personas, tampoco ahora quería tener nada que ver con la experiencia del exilio. Yo había ido a

parar, literalmente, a un callejón sin salida.

Y, a pesar de todo, sabía que aquel callejón sin salida, comparado con la experiencia de los que habían tenido que exiliarse del nazismo, no era más que un mal menor. Allí no paraban de interrogarme, pero se hablaba en alemán, en mi lengua materna, tenía una editorial donde publicar mis libros, no me vi obligada a cruzar fronteras ¡legalmente. En aquel centro de transición no me estaba jugando la vida, como se la jugaron los que huyeron de la Alemania nazi. Tener buena o mala suerte por aquel entonces significaba poder quedarte en un lugar o estar abocado a morir. Aquellos exiliados tuvieron una experiencia muy distinta de lo que es un giro del azar afortunado o desafortunado. Se dice eso, un «giro del azar», pero eran personas. En el caso del giro del azar afortunado, personas con un poco de compasión que ayudaron. Y en el giro desafortunado, personas emperradas en cumplir con su deber a ciegas y sin escrúpulos que mataron.

En 1942 se estrenó en Nueva York *Casablanca*. Es una película de amor y también una película sobre la pérdida de la libertad, sobre las dificultades, las tragedias, la desesperación de los intentos de huida de la Alemania nazi.

En muchos lugares de Europa —como en *Casablanca*— hubo artistas, profesores, arquitectos, políticos —muchos de ellos, judíos— intentando conseguir un visado para no quedarse atrapados allí. Para irse adonde fuera. A cualquier sitio con tal de escapar de la trampa de Hitler. En *Casablanca, uno de* los personajes principales es Victor László, líder de la resistencia checa buscado por los nazis, que necesita un visado para él y para su esposa lisa Lund. Además de ellos, muchos exiliados se encuentran varados en Casablanca y están en manos del corrupto Renault, el jefe de la policía. Por otro lado está Ugarte, que se dedica a vender visados robados en el mercado negro. Gracias a esos visados robados, cuando asesinan a Ugarte, László y su esposa consiguen escapar del mayor Heinrich Strasser en el último momento.

La película no solo muestra las tragedias del exilio. La mayoría de los actores son exiliados de verdad. El papel del nazi asqueroso, Strasser, por ejemplo, lo representa Conrad Veidt. Era uno de los actores mejor pagados de la UFA. Como su mujer era judía, ya en 1933 salió de Alemania —no como Heinz Rühmann— y, ¡qué amarga ironía del destino!, en Hollywood le tocaba sistemáticamente hacer de nazi.

El magnífico Peter Lorre, que en la película hace el papel de Ugarte, había huido de Austria. Y el que representa al crupier del casino de Rick es Marcel Dalio. Era judío y huyó de Francia. Su familia murió en los campos de concentración. Y Helmut Dantine, que

en la película intenta conseguir el dinero para los visados apostando a la ruleta, había pasado tres meses preso en Alemania antes de escapar. Y Trude Berliner, otra de las jugadoras de ruleta de la película, había huido en 1933 por Praga, se instaló en los Países Bajos y, cuando también los ocupó la Wehrmacht, se marchó a Estados Unidos desde Lisboa. Y está Hans Heinrich von Twardowski, que en la película hace de oficial alemán a las órdenes de Strasser. Era homosexual, así que también se vio obligado a salir de Alemania en 1933. Y estos nombres de actores emigrados no son más que unos pocos. Incluso al compositor de la música de la película, Max Steiner, lo habrían asesinado los nazis de no ser porque estaba en Estados Unidos desde antes. Aún logró ayudar a huir de Viena a su padre, Gabor Steiner.

Y el compositor de música para cine más famoso de Hollywood, el vienés Erich Wolfgang Korngold, ya se había marchado a los Estados Unidos en 1934. También él consiguió sacar a su familia casi en las últimas, en 1938. Korngold compuso la banda sonora de diecinueve películas y recibió dos Öscars. Antes de la guerra, en Viena lo consideraban un niño prodigio de la música sinfónica de vanguardia. Después de la guerra, en cambio, lo castigaron con el rechazo. Le echaron en cara haber vendido su alma a Hollywood.

El violinista Daniel Hope recopiló la música de Hollywood de aquellos exiliados y volvió a interpretarla. Analizando el carácter de esa música, dice que el *pathos* característico de las películas de Hollywood es fruto del desamparo y la rabia del exilio.[5]

Casablanca es una película sobre los que huyeron de Hitler…, pero los judíos no aparecen. Como tampoco en las listas de nombres de los grandes estudios de Hollywood aparecen nombres judíos: Schmuel Celbfisz se cambió a Samuel Coldwyn, Hirsch Moses se puso Harry Warner. Hasta el director de la película *Casablanca*, Michael Curtiz, había venido al mundo en Budapest con el nombre de Mihály Kertész Karniner, solo que se había marchado a Estados Unidos en los años veinte. Por aquel entonces los obligaban a americanizar sus nombres, porque en la América protestante no se concedían créditos bancarios a judíos. Y en *Casablanca* faltan los judíos, pues los productores conocían bien los prejuicios antisemitas del público.

Casablanca llegó a los cines alemanes más tarde, en 1952, y duraba veinticinco minutos menos que la versión original. Habían cortado todas las referencias al exilio. Salían el mayor Strasser y algunos nazis más. A Victor László lo habían rebautizado como Victor Larsen y era un físico noruego que había descubierto unos fatídicos rayos Delta y estaba buscado por la Interpol. La conmovedora película sobre el exilio se había transformado en una cursilada espantosa en la línea de las películas de Sissi y otros bodrios patrioteros de los años cincuenta.

Hasta 1975 no se mostró la versión completa de la película en la televisión alemana.

Casablanca no es más que un ejemplo de cómo el tema del exilio se silenció durante la posguerra alemana. Otro ejemplo es lo vergonzosamente tarde que se han publicado las memorias de Hermann Ullstein… El año pasado, o sea: setenta años después de que aparecieran en Estados Unidos. Ullstein fue uno de los propietarios del mayor grupo editorial de Europa, el que publicaba los principales diarios de Alemania y donde también aparecieron las primeras advertencias sobre Adolf Hitler. Inmediatamente después del nombramiento de Hitler como canciller del Reich, la maquinaria propagandística nazi la emprendió contra Ullstein, y la editorial empezó a sufrir el boicot a cargo de miembros del partido. Ullstein huyó a los Estados Unidos con lo puesto, allí vivió trabajando de vigilante nocturno y escribió sus memorias de aquella época al frente de la editorial y también de cómo se llevó a cabo la «arianización» de la empresa. Esas memorias sobre la libertad de prensa de la Alemania anterior a 1933 no le interesaron a nadie de la Alemania de posguerra.

Tampoco se acuerda ya casi nadie de quién fue Stefan Croßmann, uno de los periodistas del *Vossische Zeitung*, publicado por el grupo Ullstein. También fue editor de la revista *Tage Buch*[6], que fundó junto con Ernst Rowohlt, y uno de los primeros periodistas que criticaron abiertamente a Hitler, motivo por el cual ya fue denunciado por este en 1923.

En 1933 se presentó la policía en su casa a detenerlo. Cuando llamaron a la puerta, muy temprano, abrió su mujer, que era sueca, y dijo que Croßmann aún dormía. Quizás la policía de entonces aún era respetuosa o igual los desconcertó la presencia de aquella sueca tan rubia y tan alta. En todo caso, se fueron. Croßmann y su mujer abandonaron el domicilio de inmediato. Con una maleta por todo haber, huyeron a Viena. También ellos dejaron cuanto tenían. Eso fue en 1933, y ahí todavía era posible tener suerte dentro de la mala suerte.

Hubo incontables casualidades decisivas que adquirieron el peso del «destino». Basta con fijarse en algunas historias de algunas huidas para darse cuenta de que un instante puede convertirse en un abismo.

Para Cari Zuckmayer, en los años treinta «había abierto sus puertas el infierno, dejando salir a sus espíritus más ruines, impuros y abominables» con el fin de «dar sepultura a la dignidad humana». Él pudo salvarse en Suiza, gracias a que tenía un pasaporte que le había hecho el favor de expedirle un funcionario austríaco y gracias a que, en el puesto de frontera de Feldkirch, consiguió impresionar a un

joven soldado. Lo hizo diciéndole que ahora era un autor prohibido en Alemania, al no ser miembro del Partido ni figurar en las listas de autores de la Cámara de Autores del Reich, porque no compartía las ideas nacionalsocialistas. Por ese motivo se tenía que ir a Londres. Tal sinceridad fascinó al joven soldado del control de

pasaportes. Y aquella casualidad del jovenclto fue tan afortunada que hasta daba escalofríos: el «muchacho flaco con uniforme de las SS» se queda fascinado al ver las condecoraciones de la Primera Guerra Mundial de la chaqueta de Zuckmayer. Elogia al «caballero alemán» ya entrado en años, diciéndole que es un héroe, lamentando ser él demasiado joven como para haber participado en aquella guerra. Zuckmayer le responde con la frase: «Tranquilo, que va a haber otra». «Sí —exclama el muchacho entusiasmado—, brindemos por ello».

Ahora bien, ¿a cuántos dejó en la estacada el caprichoso azar? Algunos se desesperaron, como Walter Benjamín en los Pirineos en 1940. No llevaba más que una cartera, tal vez llena de manuscritos, ni siquiera una mochila, rasgo distintivo de los alemanes. Cuando, en Port Bou, le dijeron que no podía entrar en España sin el visado francés —lo cual quizás no fuera más que un intento de chantaje por parte de un guardia de frontera corrupto que pretendía sacar tajada emitiendo el visado—, Benjamin se suicidó con veneno. ¿Y cuántos se rompieron bastantes años después de la huida, ya en el exilio, como Ernst Toller, que se ahorcó en su hotel de Nueva York? O Stefan Zweig, que no pudo soportar la destrucción de su «patria intelectual» europea y se quitó la vida junto con su esposa, Lotte, en su casa de Brasil. Otros murieron poco después de la huida, porque perdieron las fuerzas, como el cantante Joseph Schmidt, que —cuando por fin llegó al exilio en Suiza— se desplomó y fue a parar a un campo de internamiento donde no le trataron el problema cardiaco que sufría. También él debió de topar con funcionarios de los «funcionales». Y de esos funcionarios tan diligentes también había en Inglaterra, donde a los opositores al régimen nazi y a los judíos huidos de Alemania los metían presos por considerarlos espías del enemigo. Otro giro del azar desafortunado fue el caso de Else Lasker-Schüler. A ella directamente le denegaron la entrada a Suiza. La justificación constaba de una sola palabra: «Überfremdung», «extranjerización excesiva». Y Nelly Sachs, aunque su suerte dejó de pender de un hilo una vez llegó a Estocolmo[7], se quedó con el pánico metido en el cuerpo para siempre y, a pesar de vivir a salvo, enfermó de los nervios por el terror a los nazis; creía que los nazis estaban dentro de las tuberías del agua, en las paredes. Y junto al miedo exacerbado de Nelly Sachs en Suecia estaba el miedo a los soldados de la Wehrmacht en la Holanda ocupada. Konrad Merz, autor de la primera novela sobre el exilio *Ein*

Mensch fällt aus Deutschland [Una persona se cae de Alemania], sobrevivió al exilio en Holanda escondido en un armario, porque nadie delató su escondite. De viejo, venía a Berlín de cuando en cuando. Yo a veces quedaba con él. Lloraba siempre que venía. Su añoranza se hizo tan vieja como él.

El pintor Felix Nussbaum también estuvo escondido, pero no sobrevivió al exilio. Nussbaum pintaba en su escondite. Un vecino percibió el olor del óleo y lo denunció. Aquella denuncia le costó la vida. El último transporte que salió de Bélgica lo deportó a Auschwitz.

Sus padres habían huido a Italia en 1934. Pero la añoranza los empujó a volver a Alemania en 1935. En 1938 huyeron de nuevo, esta vez a Amsterdam. Una decisión fatídica. Desde allí también a ellos los deportaron y los asesinaron en Auschwitz. De los muertos del exilio no ha llevado la cuenta nadie.

Así de oscuros son los recovecos de la palabra «exilio».

Hoy, sin embargo, la palabra «exilio» tiene como un aura sugerente: en Berlín hay una casa de muebles con el nombre de Exil cuya publicidad presume de «un estilo que no falla» y de crear «una atmósfera especial para la presentación de nuestro mobiliario». O quien visite el restaurante Exil de Fráncfort «no echará en falta una patria». De ello se encargan «la iluminación cálida y la originalísima decoración». Y se puede «disfrutar del encanto mediterráneo en el pequeño patio interior ajardinado».

Ante esta mercantilización del exilio me viene a la mente el sarcasmo con que trató Gottfried Benn a los que habían huido al exilio. Cuando Klaus Mann le echó en cara que no se hubiera distanciado de los nazis, le respondió al emigrante: «Sí, ya, ustedes desde sus lugares de veraneo nos piden cuentas por estar trabajando en la nueva construcción de un Estado».

En torno a la medianoche del 8 al 9 de mayo de 1945 entró en vigor la capitulación sin condiciones de las fuerzas armadas alemanas de todos los frentes. El concepto de «hora cero», militar en su origen, se extiende a todos los ámbitos para referirse al nuevo comienzo y al funcional silencio absoluto respecto a todo lo sucedido. El primer presidente de la RFA, Heinrich Lübke, incapaz de recordar haber sido miembro del NSDAP, acuñaría el concepto de «silencio comunicativo» como requisito para la integración de los alemanes en el nuevo Estado.

También Adenauer «silencia» al contar con antiguos nazis para la construcción de la nueva República Federal con el argumento de que se necesitaba «gente que supiera cómo eran las cosas antes». Es de lamentar que con ello no se refiriese a la experiencia vital de cuantos

habían sido empujados al exilio: científicos, artistas, empresarios, políticos, artesanos, juristas. Siguieron siendo personas no gratas después de la guerra. Su regreso perturbaba a los que habían participado y consentido el nazismo. Eran un incordio a la hora de «silenciar».

En la campaña electoral al Bundestag de 1961, Konrad Adenauer se metió con Willy Brandt por sus años en el exilio en Noruega, y Franz Josef Strauß le preguntó dando voces: «Digo yo que se le podrá preguntar una cosa al señor Brandt: ¿Qué hizo durante esos doce años fuera? Porque nosotros sí sabemos lo que hicimos aquí».

Lo que hizo Willy Brandt «fuera» —como muchos emigrantes— fue oponerse al nazismo, arriesgar su vida cada vez que viajaba ¡legalmente a Alemania y fundar una agencia de prensa en Estocolmo desde la que proporcionar noticias sobre Alemania. Willy Brandt en realidad se llamaba Herbert Frahm. Después de 1945 conservó su nombre del exilio; así de importante era para él aquel nombre: un homenaje a la resistencia contra la Alemania nazi. Sin embargo, la resistencia en el exilio no recibe honores en Alemania, peor aún, hoy se sigue considerando del todo irrelevante. El recuerdo es para la resistencia militar de los oficiales que, con todo, fueron fieles seguidores de Hitler durante demasiado tiempo.

El exilio no implicaba quedarse callado. Muchos autores obligados a abandonar Alemania participaron activamente en la resistencia contra la dictadura nazi a través de programas de radio, publicaciones en revistas, cartas abiertas a los Gobiernos de Inglaterra y Francia protestando contra los Acuerdos de Múnich.[8] Informaron públicamente a nivel internacional sobre lo que sucedía en la Alemania de Hitler, poniendo así de manifiesto que el canciller podría expulsar del país a los representantes de la modernidad, pero no acabar con ellos. En 1938, Eugen Spiro organizó en París la exposición «Freie Deutsche Kunst» y el «Freier Deutscher Künstlerbund»[9] para contrarrestar la destrucción del arte en Alemania. El Exil-PEN y la Deutsche Akademie im Exil, fundados por Hubertus Prinz zu Löwenstein, fueron instituciones importantes sin las cuales no hubiera sido posible darle cohesión a aquella resistencia intelectual.

«Guardar silencio» también fue clave en el nuevo comienzo de la literatura alemana, representada por el así llamado Gruppe 47. La idea de fundarlo fue de Hans Werner Richter, quien, como muchos de los que después se unieron al grupo, había sido soldado de la Wehrmacht. El Grupo 47 se convirtió en una bolsa intelectual de talentos literarios. Y eso solo funcionó, porque el pasado en el ejército alemán de sus miembros fue un tema del que no se habló nunca, porque no se llevó a cabo ningún «debate de principios». También aquí imperó un «silencio

funcional». Günter Grass calló que había formado parte de la División SS Panzer «Freundsberg» —por cierto, la misma a la que perteneció mi padre—. Günter Eich calló que su pieza de teatro radiofónico *Rebellion in der Coldstadt (Rebelión en la ciudad del oro)*, de 1940, había contribuido a la campaña contra Inglaterra impulsada por Goebbels. Alfred Andersch calló que se había separado de su mujer, que era judía, para poder ser miembro de la Cámara de Autores del Reich. Otros no quisieron acordarse de que habían sido miembros del partido nazi. Los que habían sido soldados se veían más como víctimas, como una generación manipulada, maltratada, que había ido a la guerra ¡nocente y había vuelto a casa limpia.

Por ese motivo, también a los autores de la «hora cero» les incomodaban los autores del exilio. Pues para los autores del exilio aquella «hora cero» había tocado doce años antes. Y su «hora cero» tenía un significado muy distinto, significaba: «punto cero de la existencia».[10]

Tal vez se percibía aún cierto antisemitismo soterrado, así como el reproche de que los exiliados habían vivido a salvo. En cualquier caso, fue necesario que Wolfgang Koeppen le recordase a Hans Werner Richter que los escritores emigrados no se habían largado por las buenas, sino que «habían escapado de sus asesinos» y que habían tratado de plasmar lo trágico de su «vida robada» en una literatura nueva, «libre de nazismo».

Dentro del Grupo 47 no podían hacer eso.

Cuando Paul Celan, en 1952, leyó por primera vez ante el grupo su «Fuga de la muerte», la reacción fue de desprecio y comentarios malévolos. Walter Jens escribió: «La primera vez que oímos a Celan, dijimos: "¡Esto no hay quien lo escuche!". Leía con un patetismo muy exagerado, nos daba risa. "¡Pero si lee igual que Goebbels!", dijo alguien». Y Hans Werner Richter ironizó diciendo que Celan leía «como una cantilena de sinagoga». Y el libro de Albert Vigoleis Thelen sobre Mallorca como lugar donde refugiarse, *Die Insel des zweiten Gesichts*[11] —hoy olvidado, como tantos libros y autores del exilio—, lo machacó por considerarlo escrito en un «alemán de emigrantes».

En los diarios de Richter se puede leer que no soportaba a los emigrantes. «La emigración era literatura de los años veinte "en conserva", estilo en conserva, lenguaje en conserva, método en conserva… Método de tertulia de café… ¿Qué iba a hacer yo con ellos?». La visita de Hermann Kesten y Hans Sahl al Grupo 47 corroboró el rechazo que le inspiraban, pues, según Richter, «los dos esperaban encontrar complejos de culpa» y daban muestra de «una vanidad susceptible y necia». Eran autores que perturbaban el acuerdo de «guardar silencio».

No eran objeto de ningún interés Thomas Mann, Stefan Zweig,

Heinrich Mann, Alfred Döblin, Theodor Kramer o Mascha Kaléko, a quien se propuso para el Premio Fontane en 1959, pero que lo rechazó al enterarse de que entre los miembros del jurado se encontraba Egon Holthausen, que había sido soldado de las SS. Uno de los miembros de la Berliner Akademie le insistió en que «por sensibilidad que, como mujer, tendría» no podía negarle «su compasión femenina» al «pobre Holthausen». La poeta se mantuvo firme en su negativa, porque se sentía incapaz de correr un tupido velo sobre la experiencia de la huida de Alemania y del exilio. Luego aún tuvo que aguantar que el secretario de la Academia le ladrase: «Si a los emigrantes no les gusta cómo hacemos las cosas aquí, pues nada, que se queden donde están».

Lo mismo le sucedió al pintor Oscar Zügel, que era amigo de Paul Klee. Los nazis consideraron sus cuadros «arte degenerado». Los confiscaron con el fin de quemarlos en el patio de la Staatsgalerie de Stuttgart junto con los de otros artistas. Zügel huyó a Tossa de Mar y después a Argentina. Después de la guerra volvió a Stuttgart, donde el conserje del museo había salvado de la hoguera unos cuantos de sus cuadros. El nuevo director de la Staatsgalerie, sin embargo, no quiso saber nada de él, pues, en su opinión, el pintor había sido desleal con la Alemania nazi. Como muchos otros pintores y escultores, Zügel ya no tuvo nada que hacer en la nueva República Federal.

Junto a la aniquilación de los judíos europeos, el nacionalsocialismo tenía como objetivo la erradicación de la vanguardia. En el Tercer Reich, la arquitectura, la pintura o la música modernas ya no tenían cabida.

En 1937, Hitler declaró una «guerra de depuración sin piedad» a todos los «elementos de decadencia cultural»; a los libros, a los cuadros, a las personas. Las quemas de libros y las campañas contra el «arte degenerado» y la «música degenerada» no solo perseguían borrar por completo la modernidad, sino también el recuerdo de la modernidad. Contra eso ni siquiera sirvió haber sido nazi convencido y antisemita, como lo fue Emil Nolde. Su pintura también sufrió la condena de aquella política aniquiladora. La sociedad aborregada por medio de la propaganda era incompatible con el arte moderno y la ciencia crítica. Muchos tuvieron que abandonar el país para poder mantenerse fieles a sí mismos. El exilio de cientos de miles de alemanes no es, por lo tanto, un fenómeno tangencial del nacionalsocialismo. En el exilio estuvieron todos aquellos artistas que vieron cuestionadas su existencia y su arte y ya no se sintieron capaces de vivir en Alemania, aunque su vida no corriera peligro.

Thomas Mann escribió en 1945 desde el exilio que, a sus ojos, ninguno de los libros que los nazis habían consentido que se publicaran valía nada de nada. «Los impregna un tufo a sangre y

vergüenza». Lo decía por el oportunismo del exilio interior.

Los autores del exilio interior se defendieron con uñas y dientes. Frank Thiess, quien más adelante sería vicepresidente de la Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung, justificó haberse quedado en Alemania con el argumento de que así se había hecho «más rico en conocimientos y experiencias» que si hubiese asistido a la tragedia alemana «desde los palcos y butacas de anfiteatro del extranjero». Veía el exilio interior «comparado con el exilio en el extranjero, con mucho, más duro y doloroso».

A estas versiones que le daban la vuelta a la opresión y a la cobardía les interesaba mucho que no salieran a la luz las experiencias del exilio. Al rechazo del exilio lo denominó Hans Sahl «el exilio que siguió al exilio». Y hasta hoy no ha cambiado nada.

A diferencia de los autores que formaron el Grupo 47, muchos de los emigrantes que regresaron del exilio y para quienes ya 1933 había sido su «hora cero», 1947 no supuso en modo alguno un punto de nuevo comienzo, pues seguían en el «punto cero de la existencia». Seguían careciendo de reconocimiento y recursos materiales para salir adelante. Su huida al exilio había sido una primera expulsión de Alemania. Y su regreso se convirtió en el «exilio que siguió al exilio», acompañado del rechazo «funcional» de los emigrantes. Y ese «exilio que siguió al exilio» es responsable de que la expulsión de antaño repercutiese hasta nuestros días. Se podría decir: expulsados entonces, olvidados hasta hoy.

Esa expulsión de escritores tuvo como consecuencia que se rompieran tradiciones literarias, por ejemplo, la poesía narrativa en el estilo de la *chançon*, como la que representaba Theodor Kramer,[12] con el contenido sombrío que la caracteriza. O la prosa casi de cronista de Irmgard Keun, que primero huyó a Holanda y, cuando la ocupó la Wehrmacht, volvió a Alemania y pasó el resto de la guerra escondida. Pero de Irmgard Keun no quiso saber nadie nada. Ella ahogó en el alcohol las penas de su desamparo, y lo «funcional» fue incapacitarla e internarla en una institución psiquiátrica.

Los que estuvieron en el exilio siguen sin tener la consideración de víctimas en la Alemania de hoy. Como siguen sin entrar en la categoría de merecedores de un lugar de memoria según los criterios del Bund der Vertriebenen.[13] Cierto es que hay placas conmemorativas para artistas a título individual, pero no un gran lugar de memoria del exilio que honre a los alemanes expulsados de 1933 en adelante. A todas esas personas expulsadas por Hitler se las cuenta dentro del concepto de exilio o emigración. La palabra «expulsión» solo se concede a los que fueron expulsados de los territorios de la Prusia oriental, que antiguamente formaban parte del Imperio alemán. Se les

denomina «expulsados de la patria». De los expulsados por Hitler, por el contrario, se dice que son «emigrantes». Los dos términos de la pareja son muy distintos: la expresión «expulsado de la patria» tiene un halo de calidez, la palabra *emigrante* no se tiene más que a sí misma. Se podría decir que son una expresión del corazón frente a una palabra de la cabeza. Y, claro, cabe preguntarse: ¿es que a los «emigrantes» no los habían expulsado de la patria?

Sobre aquellos «expulsados de la patria» oficiales, que en su día incluso contaron con un ministerio propio, pronto habrá una exposición permanente en Berlín. Ojalá no se silencie en ella que entre los miembros de la junta directiva fundacional de la Federación de Expulsados había algunos que también habían sido altos oficiales de las SS, bien en la Leibstandarte Adolf Hitler o en la sección SS-Panzer, y miembros de las SA, los pilares de la dictadura.

Ya es hora de que Alemania recuerde de una vez el exilio, la primera expulsión del territorio alemán. Alemania tiene que asumir la responsabilidad sobre ellos igual que asumió la del Holocausto. Dicho en pocas palabras: si no se hubiera producido la primera expulsión, no se habría producido la segunda. No perdamos de vista el orden cronológico de los acontecimientos: antes de que Alemania ofreciera una nueva patria a esos expulsados oficiales de los territorios del este de Europa, ya habían sido expulsados de la patria que tenían en Alemania cientos de miles de personas.

No hay ningún lugar en todo el país donde poder exponer y hacer entender, a partir de los destinos individuales, todo lo que implica la palabra *exilio*. El riesgo de la huida, la vida desencajada en el exilio, la extrañeza, la pobreza, el miedo y la añoranza. Mostrar todo eso es una cuenta que Alemania todavía tiene pendiente con su historia.

Mientras no exista un lugar como el que le corresponde al exilio, siempre habrá una gran laguna en la memoria pública de los horrores del nazismo. Una laguna que también es una forma de «silenciar».

En un museo del exilio, los alemanes de las generaciones jóvenes podrían hacerse una idea de lo que fue.[14] Contribuiría a una educación en la empatía. Sería un museo «funcional». Así, también a ese término de «funcional» se le podría dar otro contenido, uno más humano.

En 2013, la periodista Inge Deutschkron pronunció un discurso ante el Bundestag en memoria de las víctimas del nacionalsocialismo. Y en él también habló de su padre, que logró escapar de los nazis exiliándose en Inglaterra y mantuvo la esperanza de que, al terminar la guerra, le pedirían volver a Berlín.

En 1933 lo habían echado del país en el más puro sentido de la palabra.

Por consiguiente —según creía él—, luego sería todo tan fácil

como que, siendo un pedagogo de renombre, le devolvieran su cátedra. Sus cuatro hermanos junto con sus familias se contaban entre las víctimas; sin duda, los habían asesinado a todos. Él, sin embargo, no perdió la fe en los alemanes que antaño habían sido sus amigos y que, después de la guerra, se sentían tan obligados como él a construir una nueva Alemania en cuyas banderas se grabasen los derechos de toda persona. Aquella invitación, aquel nombramiento no le llegó nunca.

Así que siguió dando clase de alemán en colegios ingleses. Todas las mañanas miraba el buzón por si tenía correo de Berlín. A cambio, lo que recibió fue una carta de la Consejería de Educación inglesa que le indicaba la necesidad de adoptar la nacionalidad británica si su intención era continuar ejerciendo como profesor en Inglaterra. Estuvo días dándole vueltas, debatiendo consigo mismo. Luego consintió.

El certificado se lo trajo el cartero. Él lo cogió, se pasó horas con el documento que lo convertía en ciudadano inglés en la mano, junto a la ventana, mirando a lo lejos, sin dejar que se le acercase nadie.

¿En qué estaría pensando en aquel momento?

EQUIPAJE INVISIBLE

«El Estado existe para las personas, no las personas para el Estado». Así de seco estaba formulado el artículo i del Borrador de la Ley Fundamental de la RFA. El 8 de mayo de 1949, el Consejo Parlamentario promulgó la Ley Fundamental, y el artículo t dice algo completamente distinto, menos frío y, sin embargo, más serio: «La dignidad humana es intangible. Respetarla y protegerla es obligación de todo poder público»[15] A ese texto lo precedió un largo debate, pues el contenido de la palabra «dignidad» queda abierto, y debe quedar abierto, lo cual es muy difícil de compatibilizar con el lenguaje normativo y la objetividad absoluta del pensamiento de los juristas.

Hoy en día, todo puede tener una dignidad. El instante aislado y naciones enteras. El concepto de dignidad de hoy no solo está abierto, sino que es difuso. Cuando la dignidad parte del valor. El valor de las personas es lo esencial. Durante mucho tiempo, demasiado, lo que determinaba ese valor era la clase social y, además, tenía que ser visible. Solo quien vestía toga y ornato público, con terciopelo, seda y encaje, con cinta, faldones y medallas era considerado dignatario. Los «faisanes de oro» que había entre los nazis, con el extravagante mariscal Göring[16] a la cabeza y sus estrambóticos uniformes de fantasía llenos de condecoraciones, fueron algunas de las últimas encarnaciones de ese concepto exhibicionista de dignidad.

Por otro lado, un ejemplo amargo y trágico de esa dignidad como algo que se lleva sobre el cuerpo son los veteranos del Ejército Rojo, que hoy, olvidados por la sociedad y solo exhibidos los días de fiesta, viven en la pobreza; esos hombres mayores que, lejos de Moscú, en sus comarcas pobres, salen adelante como pueden. Y llevan su vieja orden como algo a lo que aferrarse a diario, como si la guerra contra la Alemania nazi hubiese acabado hace nada. Es una dignidad de hojalata multicolor, un triste autoengaño.

La idea de dignidad interna de todo ser humano no surge hasta la época de la Ilustración.

La dignidad del individuo es fruto del sentimiento de que cada uno tiene en sí mismo un valor intrínseco, un valor que no se puede

comprar a ningún precio y que confiere a la persona un respeto hacia ella misma. Schiller habla de «gracia y dignidad». Para él, la gracia era una actitud. Lo importante era la dignidad interior, la fuerza moral y la independencia intelectual.

El artículo 1 de la Ley Fundamental obligaba a los Parlamentos, las instituciones y la policía de los estados federales occidentales de la Alemania dividida a respetar y proteger algo que, en el nacionalsocialismo, podía costar la vida: la libertad de pensamiento del individuo, su independencia interior. Muchos miembros del Consejo Parlamentario lo habían vivido, otros habían vuelto del exilio y cinco de ellos incluso eran supervivientes de campos de concentración. Para ellos, la pérdida de la dignidad era una prolongada experiencia personal en la vida cotidiana en una dictadura. Como lo era la indefensión frente a los victimarios de las SA y frente a la deportación al *Lager*, frente a la expropiación y la negación del permiso de trabajo, frente a la tortura en las cárceles de las SS. El miedo a la arbitrariedad de los nazis estaba en todas partes y acompañaba siempre a todos aquellos que no eran nazis ni tampoco podrían serlo nunca, porque conservaban la decencia en su interior. Solo se podía confiar en las personas más cercanas, el miedo a ser espiado estaba omnipresente. Tampoco quedaban espacios intelectuales a resguardo para cultivar el pensamiento libre, con lo que este ya no tenía cómo articularse. Ya no cabía la existencia de una justicia independiente. Los medios de comunicación eran instrumentos de propaganda controlados por completo por el régimen, el arte moderno y la literatura contemporánea fueron quemados, y miles de periodistas y artistas empujados al exilio.

En 1949, el artículo 1 de la Ley Fundamental representaba, pues, más que el comienzo de una sociedad democrática que abogaba por la libertad y de la que todavía no se podía saber cómo se desarrollaría. Para los autores de la Ley Fundamental era importante que el concepto de dignidad fuese clara expresión del rechazo de cualquier dictadura. La propia palabra «dignidad» imponía a las instituciones de la nueva democracia la misión de eliminar cuanto pudiera quedar del nacionalsocialismo en la legislación y en el funcionamiento cotidiano de las instituciones. Por eso también en la fachada del edificio de la Fiscalía General del Estado se lee la inscripción: «La dignidad humana es intangible». Lo mandó poner Fritz Bauer, fiscal general de Hesse. A Bauer ya lo enviaron a un campo de concentración en 1933 y huyó en 1936, primero a Dinamarca y desde allí, a través de Suecia, al exilio. Regresó del exilio en 1949 y fue quien consiguió que se llevaran a cabo los procesos de Auschwitz en los años 60, para lo cual hubo de enfrentarse a fuertes reticencias por parte de los propios

representantes de la justicia alemana. «Cuando salgo de mi despacho, entro en territorio enemigo», se cuenta que decía. Pues, por todas partes y en todos los rincones, se incumplía el artículo 1 de la Ley Fundamental. La mentalidad nazi seguía arraigada, en el ámbito privado, en las cabezas de la gente, y en el público, en las instituciones; y la dignidad humana seguía siendo tangible y atacada.

Por ejemplo, la dignidad de los gitanos, fueran sinti o remanies. Se calcula que sobrevivieron a los campos de exterminio unos cinco mil. Sus solicitudes de ser reconocidos como víctimas de la dictadura nazi fueron transferidas de las instituciones jurídicas a las de la policía criminal. Esta, a su vez, pedía los informes sobre la «consideración especial de los gitanos» a antiguos funcionarios nazis —también podríamos llamarlos criminales—, que habían trabajado en la «Sección de asuntos gitanos» y sido responsables de su deportación a los campos. Esos informes dicen que los solicitantes no habían sido detenidos por motivos raciales, sino por «comportamiento asocial». Quienes redactaron esos informes consiguieron que a los gitanos se les negase el derecho a la restitución y que a ellos mismos no los considerasen implicados en el genocidio desde el punto de vista procesal penal. Y les salió bien la jugada. En los Comentarios a la Ley de Indemnización a las Víctimas del Régimen Nazi, publicados en 1955, se interpretan como medidas de seguridad legítimas todas las medidas de persecución que les aplicaron los nazis, puesto que la «eliminación de los «gitanos» habría sido necesaria por su «comportamiento asocial, criminalidad y vagabundaje». De este modo, el trato vejatorio de los nazis a los sinti y romaníes se prolongó hasta el presente democrático.

Tampoco la dignidad de los alemanes homosexuales era intangible, puesto que igualmente no los consideraban víctimas de los nazis. La homosexualidad estuvo penada, en términos generales, hasta 1969, tachada de «comportamiento inmoral contra natura entre personas del sexo masculino o entre personas y animales». Treinta años después de 1945, el Tribunal Constitucional todavía no había reconocido que la persecución penal de los homosexuales iba en contra del derecho fundamental al libre desarrollo de la personalidad. Hasta 2002 no se reconoció a los homosexuales como víctimas de los nazis.

O la dignidad de las mujeres, que para los nazis no eran más que madres y amas de casa. Hasta 1958, el marido seguía teniendo derecho a suspender el contrato de trabajo de su esposa sin previo aviso y sin otro criterio que el suyo propio. Y, hasta 1962, una mujer no podía abrir una cuenta bancaria sin el permiso del marido. Y, hasta después de 1969, no se reconoció a las mujeres casadas la plena capacidad jurídica.

O la dignidad —último ejemplo— de los alemanes obligados a

exiliarse. Cientos de miles de alemanes huyeron de los nazis al extranjero. Sin embargo, para la construcción de la democracia, Adenauer quiso «gente que supiera cómo eran las cosas antes». Con ello, por desgracia, se refería a gente que hubiera sido nazi, no a la experiencia vital de los empujados al exilio. También después de la guerra, Alemania vio a los exiliados como personas no gratas. Un incordio incluso. En la campaña electoral al Bundestag de 1961, Konrad Adenauer se metió con Willy Brandt por haber estado exiliado en Noruega hasta entonces, y Franz Josef Strauß vociferó: «Una cosa sí que le podremos preguntar al señor Brandt: ¿Qué hizo en esos doce años fuera? Porque nosotros sí sabemos lo que hicimos aquí en el país». Lo que hizo Willy Brandt «fuera» —como muchos emigrantes— fue ejercer la resistencia antinazi, arriesgar su vida viajando ilegalmente a Alemania y fundar una agencia de prensa en Estocolmo para informar al mundo de los crímenes nazis. El verdadero nombre de Willy Brandt era Herbert Frahm. Después de 1945 quiso conservar su nombre de exiliado, así de importante era para él ese nombre: un homenaje a la resistencia contra la Alemania nazi en el exilio. Pero quién se acuerda de eso en nuestros días. A la resistencia en el exilio jamás se le ha rendido ningún tipo de honor, y hasta hoy no se ha reconocido su papel en modo alguno. Lo que sí se conmemora es la resistencia militar de los oficiales que fueron fíeles esbirros de Hitler.

Así fue como, en la Alemania de la posguerra, la intangibilidad de la dignidad humana se convirtió en un concepto vacío. Porque en la dignidad humana también cuenta la verdad. Y la verdad, después de 1945, no la querían tocar mucho alegando lo que llamaban «silencio comunicativo» (Lübke). Nadie quería reconocer, ni ante sí mismo, que se había beneficiado de la política de los nazis. Ya fuera en un ámbito menor como el de comprar por muy poco dinero los enseres de las casas de los judíos deportados, o a gran escala mediante la expropiación de empresas e inmuebles enteros para su «arización». Y no se quería seguir la pista de dónde seguía habiendo nazis por doquier: en la política, la jurisprudencia, la industria y también en las artes. Y, sobre todo, no se quería saber cómo había sido la vida en la época de la gran persecución, cómo había sido la vida para quienes se la pasaron huyendo de Alemania, y cómo fue luego en el exilio, cómo fue la muerte en los campos de concentración o de exterminio. Porque eso habría implicado interesarse por personas concretas, por el sufrimiento inimaginable de sus miedos y sus soledades. Ahora bien, sin interesarse por eso, es imposible comprender lo que se siente al perder la dignidad.

Yo no soy historiadora. Por eso no puedo reconstruir los abismos entre las víctimas y los victimarios de la época nazi. Vine al mundo en

la Europa del Este después de 1945 y la democracia de la Europa occidental solo la veía de lejos. Me parecía inalcanzable. Lo que sí viví de cerca fue el «silencio comunicativo» de la minoría rumano-alemana respecto a su vinculación con el nacionalsocialismo. Y, cuando empecé a escribir sobre el pasado nazi de mi padre, me escupieron y me insultaron llamándome «pájaro que ensucia su propio nido». Mi primer libro fue tachado de «literatura de asfalto»[17] y hubo una reseña que concluía con las palabras «Jedem das Seine», «A cada cual lo suyo», la inscripción que había sobre el portón de entrada al campo de concentración de Buchenwald.

Y también viví la experiencia de silenciar en rumano. De tergiversar la historia, de negar la época de Antonescu como aliado de Hitler. Los viejos fascistas se convirtieron en comunistas al ciento cincuenta por ciento. El socialismo rojo tenía la cabeza parda.[18] Una dictadura fue continuación de la anterior. El estalinismo fue la continuación del fascismo, y tras la muerte de Stalin en 1953 se prolongó en el posestalinismo, en lo que hasta 1989 denominaron «construcción del socialismo».

En la Europa del Este, la dictadura no desapareció en 1945, sino que duró hasta 1989. Allí la libertad todavía es joven, todavía tropieza y no ha consolidado la seguridad en sí misma. Lo poco que puede llevar hacerla caer se está viendo en Polonia y en Hungría. Se presta a acercarse a la dictadura con excusas rocambolescas. La libertad se convierte en pura fachada, y la dignidad humana se queda en el camino. Cómo frenar la recaída en viejos esquemas…

Cuando pienso en el pasado soy consciente de una cosa: la gran pregunta en la dictadura era cómo se debe vivir. No era una pregunta tan corta, ni mucho menos. Se prolongaba en una serie de oraciones subordinadas que, en el fondo, reflejaban lo principal. Cómo se debe vivir con lo que uno piensa, cuando no le está permitido decirlo sin ir a la cárcel. Cómo mostrar lo que uno piensa, sin decirlo, en momentos cruciales como pueden ser una reunión o una declaración ante una instancia oficial o en un interrogatorio. Cómo se debe vivir para seguir siendo o para llegar a ser lo que uno es siendo fiel a sí mismo. O cómo no convertirse en lo que uno no quiere ser. También podría decir: cómo se conserva la dignidad.

En el fondo, yo no tenía ni idea de cómo quería ser, pues quién sabe eso de sí mismo. Sin embargo, en cierto sentido, sí que lo sabía, porque a diario veía a mi alrededor cómo no quería ser y cómo no podía consentir ser de ninguna manera. Cómo se puede vivir y soportarse a uno mismo, a pesar de que no se es como se quiere ser, porque está prohibido ser como a uno realmente le gustaría. A mí siempre me planteaba un conflicto aquella pregunta esencial de cómo vivir. Tampoco es que buscara planteármela adrede, pero la pregunta

se me planteaba sola sin poder evitarlo. A dondequiera que llegara con mi vida, me encontraba con la pregunta. Estaba allí antes que yo, como si me estuviera esperando.

Por aquel entonces no sabía yo que la pregunta se refería a la libertad personal y a la dignidad del individuo. Desde la distancia del presente creo que, cuando se vive en la opresión, se desarrolla una obsesión fatal por lo contrario, por la libertad que a uno no le es dado vivir. La libertad está presente en negativo, sabe que la están mutilando. Y destruyendo hasta tal punto que se corta en el mismo instante donde empieza. El final se come el principio desde el primer momento. Al mismo tiempo, como siempre está ahí, aunque sea en forma de polo opuesto de sí misma, en la cabeza es mucho más que una mera proyección. No se limita a ser constructo mental mudo, sino que es un sentimiento tremendamente concreto. Sí, *sentimiento es* la palabra adecuada. Porque los sentimientos, después de todo, están en la cabeza. En cualquier caso, surgen en la cabeza. Ser consciente de la opresión significa ser consciente de la falta de libertad. Una fatídica pareja de gemelos que así va siempre por la vida. Igual que el hambre crónica siempre va aparejada a la obsesión por la falta de comida.

Hoy tengo que reconocer ante mí misma que la mayor parte de cuanto he aprendido sobre la libertad y la dignidad lo he aprendido de los mecanismos de la opresión. Observar esos mecanismos —y quien vive en un sistema opresivo no tiene opción de hacer otra cosa— es como descifrar la escritura de la libertad viéndola reflejada en un espejo. Lo más claro que he aprendido también sé expresarlo de una forma muy sencilla: la libertad y la dignidad siempre son concretas.

En cada cosa concreta, o se dan o faltan. En términos generales no soy capaz de hablar de ellas. No me lleva a ninguna parte intentarlo. La palabra abstracta «libertad» y el sentimiento de dignidad no me interesan como ideas, sino en su sentido más objetivo. Como cosas muy concretas. Porque la libertad tiene un lugar concreto, y allí se da o falta. Tiene un contenido, un peso. Cuando se trata de la libertad, siempre hay una situación concreta. Algo tiene lugar o se impide que suceda. Son dos categorías que están presentes siempre: lo permitido y lo prohibido. En la dictadura, casi todo lo que yo quería hacer estaba prohibido. Y lo que estaba permitido me lo prohibía yo a mí misma, porque no quería ser como aquellos que me lo permitían. La libertad es una cosa. Pero, en aquella vida en Rumania, estaba tan lejos que no la podías agarrar. Tanto más me tenía ella a mí agarrada.

A eso se debe que, en todas aquellas situaciones donde lo esencial era la libertad, yo me encontraba en un conflicto ineludible. Donde lo esencial era eso… y eso era lo esencial todo el tiempo.

En el tercer año de estar trabajando como traductora en una fábrica de maquinaria, me negué a espiar a mis compañeros para los

servicios secretos.

El acoso al que me sometieron a continuación duró semanas. Una mañana quise entrar en mi despacho, pero se había instalado allí un ingeniero. Me dijo que a mí ya no se me había perdido allí nada. Los manuales de instrucciones y mis gruesos diccionarios me los encontré todos en el suelo del pasillo. Me fui un rato a llorar al baño para que no me viera nadie. Luego, una amiga me prestó una esquina de su escritorio que despejó para mí. Era un despacho grande para varias personas. Al cabo de unos días me la encontré esperándome en la puerta con mis cosas al brazo. Me dijo que sus compañeros ya no querían que yo también trabajara allí, que a fin de cuentas era una espía. La calumnia la habían sembrado los propios servicios secretos. Fue su venganza por negarme a espiar a los compañeros. Yo no podía hacer nada en contra de su calumnia. Sin duda, en la fábrica había incontables espías de los que nadie sabía nada y que recibían dinero y buenos puestos a cambio de sus servicios. En aquella época, yo estaba completamente indefensa, para mí era como si hubiera descarrilado el mundo.

A pesar de todo, sabía que lo correcto era seguir negándome a colaborar. Mi negativa era vital. Después de aquella negativa me sentí libre. Libre por no tener que hacer algo que me exigían. Seguro que me hubiera traído ventajas, desde el punto de vista del régimen aquello era normal y estaba más que permitido. Era un deber permitido. Yo sabía perfectamente que negarme tendría consecuencias muy graves. A pesar de todo, fue un alivio, porque de entonces en adelante quedaron muy claras las cosas para ambas partes: yo tenía claro que no iba a formar parte de la opresión. Y los servicios secretos tenían claro que no podían contar conmigo. Lo que, sin embargo, no tenía claro y se me venía encima un día tras otro era la soledad que la situación traería consigo. El abandono tremendo, monstruoso, como si cualquier relación conmigo fuese veneno puro. Me evitaba todo el mundo, los compañeros del día anterior hacían como si no me conocieran.

Yo me permití una libertad y con ello salvé una dignidad que en aquel país no estaba prevista. Es más, a hacer la opresión más grande contribuyeron muchos. En aquella época entendí que, en un Estado totalitario, una persona solo adquiere la consideración de individuo si se convierte en enemiga del Estado. Y como el Estado quiere destruir a esa persona, idea métodos especiales para ella. No tiene más opción que hacerlo si su objetivo es que la destrucción sea efectiva.

La historia continuó. Me había quedado sin despacho y me senté encima de mi pañuelo, en las escaleras entre dos pisos, junto a una ventana, a trabajar con un diccionario gordo en el regazo. Por la ventana se veía en el patio al gato de la fábrica, que tenía una oreja

rajada. Ahí me vino a la mente el dicho: «Al borde del charco, cada gato salta a su manera».[19] Pero allí se comportaban todos igual. Yo pensaba que, en ese sentido —y solo en ese, claro—, sí que existe lo que llaman «el colectivo socialista». Claro que lo único colectivo era aquel horror de hacer todos lo mismo, un método que funciona a base de tragarse el miedo por no poderlo hablar. Porque cuando es cuestión de compañerismo o del sentimiento de pertenencia a una comunidad, lo del colectivo no es más que palabrería ideológica. Gracias a la libertad que me había tomado yo a cambio de que me privaran de mi libertad, sentí en mis propias carnes que, cuando al Estado le importaba siempre tanto el colectivo, era porque también servía a la opresión. Lo necesitaban como polo opuesto del individuo. Comprendí que el individuo no era una parte del colectivo, sino un enemigo suyo. Así se demostraba una y otra vez. Algunos años más tarde, me echaron de la escuela donde daba clase alegando «individualismo» y «falta de adaptación al colectivo».

Según el dicho del gato y el charco, cada gato lo salta a su manera… En aquel país, todos los gatos saltaban igual, y no saltaban el charco, sino evitando el charco. Yo, en cambio, no solo había saltado por encima del charco, sino que había metido todas las patas en él. De hecho, ya sabía de antemano que solo sería capaz de saltar así.

Dignidad también es meterse de lleno en el charco para salvarla.

La dictadura también te roba cualquier posible refugio, lo privado deja de existir. Yo viví permanentemente expuesta. Tenía en casa, hacía años, una piel de zorro de alfombra. Un día, al pasar, sin querer le di con el pie y se le desprendió la cola. Se la habían cortado. Al cabo de unas semanas le cortaron la pata trasera derecha, y luego la izquierda. Al cabo de unos meses tenía cortadas las patas delanteras, primero una y luego la otra. Los servicios secretos entraban y salían como les daba la gana. Dejaban alguna señal cuando querían. En la puerta del piso no se notaba nada. Se trataba de transmitirme el mensaje de que, hasta en mi propia casa, me podía pasar lo mismo que al zorro.[20]

Cuando le conté a mi madre lo del zorro, ya le habían cortado las cuatro patas.

Mi madre me preguntó: ¿Qué quieren de ti?

Yo dije: Miedo.

Y era cierto. Esa breve palabra ya lo dice todo.

Porque, igual que la fábrica, el país entero era un edificio del miedo. Estaban los amos del miedo y el pueblo del miedo. Toda dictadura se compone de un grupo que mete miedo y del resto de la gente, los que tienen miedo. Los que meten miedo y los que tragan

miedo. Yo siempre pensé que el miedo era la herramienta diaria de los que metían miedo y el pan de cada día de los que tragaban miedo. Así era en toda la Europa del Este antes de 1989.

Al ver la piel del zorro mutilada, también a mi madre le entró miedo. Miedo por mí y miedo por su propia persona.

Decía: Un día vas a aparecer muerta en una fosa. Para eso no te crie yo.

Y luego tragaba saliva, ponía los ojos en blanco y añadía: Otra gente los aplaude y gana dinero. Y tú pones en peligro a nuestra familia.

Mi madre tenía miedo. Miedo por su persona, miedo por mí y hasta miedo de mí. Ella quería vivir sin llamar la atención. Eso solo era posible plegándose al régimen. Eso era la normalidad para ella. Yo perturbaba aquella normalidad.

Nunca más volví a conseguir un empleo fijo y no sabía de qué iba a vivir. No tenía nada de dinero. De vez en cuando, me daban algún trabajo temporal como profesora auxiliar en algún colegio. Al llegar desde la calle, oía el rumoroso murmullo de voces de la sala de profesores. En cuanto abría la puerta y asomaba por la sala de profesores, se hacía un silencio como el de una iglesia. Me miraban un momento y se ponían a cuchichear. Cuantos más compañeros tenía a mi alrededor, más evidente era que estaba completamente sola. Nadie quería que lo vieran conmigo por la calle. Una parte de los profesores hacía piña e iba detrás de mí a una distancia notoria. Y la otra mitad se daba prisa por ir muy por delante. Les salía así sin necesidad de ponerse de acuerdo, así funcionaba el adiestramiento del miedo.

La soledad era igual de horrible que estar amenazada por el Estado y sus servicios secretos. Los demás profesores me evitaban. Su miedo me aislaba. Les daba miedo el Estado y les daba miedo yo. Yo era un peligro.

Yo no tenía más que una plaza de auxiliar en el colegio y un día me llevé una sorpresa: al final del curso, varios alumnos de distintas clases me quisieron regalar café. En Rumania no había café. Un kilo costaba en el mercado negro mucho más que el sueldo de un mes. Yo rechacé el café. Se corrió la voz y otros profesores me soltaron un sermón preguntándome cómo es que me creía mejor que los demás. Ellos contaban con aquel café y yo les estropeaba el negocio de subir las notas a los alumnos que se lo trajesen de regalo.

Momentos como aquel y otros muchos similares me sirvieron para comprender que no solo estaban los que metían miedo y los que tragaban miedo. Los así llamados compañeros del colegio, y previamente los de la fábrica —es más: la gran mayoría de la población de aquel país—, eran transmisores del miedo. Igual que

habían aprendido a gestionar su propio miedo habían aprendido a sacar tajada del miedo ajeno. Se aprovechaban al máximo de la miseria y del sufrimiento, a veces sin darse cuenta, a veces sin escrúpulos de ningún tipo. Ellos mismos estaban convencidos de que llevaban una vida tranquila, pues no hacían nada político. ¿De verdad que no tenía nada que ver con la política aquel miedo? Yo lo dudo mucho. La gestión del miedo ya era, en sí misma, una forma de obediencia preventiva y parte de la vida sin dignidad propia de la dictadura.

Todo el mundo trapicheaba en el mercado negro con su propia vida. Todo estaba prohibido. Sin corrupción no era posible la vida cotidiana. El Estado mismo había elevado la corrupción a la categoría de principio comercial y se quedaba mirando hasta que los servicios secretos necesitasen algún motivo para coaccionar a quien fuera. De cualquier forma, todas las personas eran propiedad del Estado. Propiedad incondicional. Quien no pudiera soportarlo era un enemigo del Estado.

Una vez, durante un interrogatorio, el agente de la Securitate me gritó furioso: ¿Quién te crees que eres?

Yo dije: Soy una persona como usted.

Entonces dijo él: Eso es lo que tú crees. Quién eres lo decidimos nosotros.

En situaciones así, creo que una misma palabra solo significa eso mismo en el instante en que se utiliza. Me preguntaba si una palabra era mía siquiera, puesto que a cualquier palabra podían darle la vuelta y utilizarla en mi contra. También creía que lo mejor sería tener las palabras únicamente en la cabeza y no en la boca. Y que lo vivido no suele tener tiempo para palabras. Salvo en un interrogatorio, porque ahí las palabras cristalizan. De forma inevitable y espantosa y a veces para siempre. El interrogador dijo una vez: «Quien se pone ropa limpia no puede llegar sucio al cielo». La frase en sí es hasta bonita. Claro que, salida de su boca, era una amenaza de muerte.

Cuando me citaban para un interrogatorio, me ponía la blusa más bonita que tenía, me maquillaba y me pintaba los labios del rojo más intenso. Eso me ayudaba a aparentar el valor que me faltaba. A cambio, llevaba en el bolso el cepillito de dientes, por si no volvía a casa del interrogatorio. El miedo y el valor es posible que, en parte, sean la misma cosa. Para mí nunca dejaban de ser polos opuestos. Cuántas veces deseaba robarle la memoria al miedo y alegrarme lo antes posible. Pero luego, lo que sentía al volver a casa no era alegría, sino solo alivio.

Ese era el lastre de una libertad vacía. Tenía unos ojos fríos y pezuñas blancas y no dejaba huellas. Yo me preguntaba si el miedo

era el animal o solo las patas del animal que seguían andando sin el animal. Igual que yo seguía andando y la vigilancia seguía en marcha. Siempre y en todas partes veían lo que hacía. Igual que en mi infancia en el pueblo. Hasta el siguiente interrogatorio, yo me quedaba en mi libertad vacía, ya que después de todo no estaba detenida. La libertad vacía es cuando en todo momento sabes lo que sería la libertad, porque careces de ella. La libertad vacía duele y te pone triste.

Cuando uno va por la vida con el lastre de su libertad vacía, no se pierde con tanta facilidad como si no lo llevara. Incluso con ese vacío inmenso en la libertad es más grande la libertad que cuando se carece de ella de un modo absoluto. En la época en que me despidieron de la fábrica, me decía cosas tan raras como:

El tiempo es un pueblo y el miedo tiene la cara más corta.

Yo no sabía qué se supone que significa una frase así, pero sonaba a certidumbre y autocontrol. La frase se me quedó grabada, recurrí a ella tantas veces que perdió lo que tiene de rara y se convirtió en muy común con el uso. Me decía que la frase podía pretender lo que le diera la gana. O: «el uno es igual a uno» aquí no ha lugar. En eso consiste su libertad. Y la frase no solo se liberaba, sino que también me liberaba a mí. Era bonito, me bastaba. Justo lo corriente de la frase demostraba que sus intenciones para conmigo eran buenas. Cuando es para hacerte bien, todo puede volverse corriente. Lo corriente tiene un valor incalculable. Me decía que, con aquel lastre de mi libertad vacía, todavía era dueña de mí misma. Que tal vez no podía evitar darlo todo por perdido en aquel Estado, pero no me daría por perdida a mí misma. ¿Era dignidad el hecho de negarse a sacarle a tu vida un provecho que implique hacer daño a alguien?

Así lo había tergiversado todo la dictadura al cabo de varias décadas. Ya no había cimientos éticos. La sociedad había perdido el norte definitivamente. Todo estaba echado a perder en sentido material y moral. También las personas. Pasaron décadas sin hacer nada y luego se levantaron contra el régimen. Solo que, en igual medida, lo hacían contra ellas mismas. El mal humor perpetuo del socialismo también era fruto del hartazgo de uno mismo, de la falta de dignidad que conlleva amoldarse como individuo.

La pregunta que me sigo haciendo a día de hoy es: ¿Cómo funciona la vida? La dignidad se puede romper. Eso lo sé. ¿También se puede plegar o dividir? ¿Y luego te la vuelves a encontrar entera? ¿Puede ser que la pérdida de la dignidad se manifieste de manera distinta a la pérdida de la libertad? Lo hace de una manera más inconsciente y, por consiguiente, también más tarde…, de una manera más difícil de comprender, pero tanto más fuerte. Como equipaje invisible.

AÑORANZA DE FUTURO[21]

Durante décadas se dio en la Europa del Este, además del régimen represivo común, un manifiesto hartazgo común de la represión y de la tutela de la dictadura. Y también hubo un secreto deseo común…, el deseo de huir.

Conozco gente que durante años proyectó su vida en una posibilidad de huida. Todos los días pensaban en huir y organizaron su vida entera con ese objetivo. Por ejemplo, pasaron años estudiando Filología Oriental para, algún día, más adelante, a lo mejor solicitar una estancia de trabajo en Japón… y luego, si con suerte se la concedían, interrumpir el viaje en el primer aeropuerto occidental donde bajasen a hacer transbordo y allí solicitar asilo político. Otros se hicieron topógrafos, porque parte del oficio consistía en realizar mediciones de terrenos. Corría el rumor de que a veces tocaba ir a medir cerca de la frontera. Así que más de uno eligió la hipotética posibilidad de huida como profesión… y luego no se pudo quitar de encima una profesión que nunca fue lo suyo y estuvo media vida sintiéndose burlado por sus propias ilusiones, porque los visos de huida nunca se presentaron. Se puede decir que miles de personas se pasaron media vida sobre el escenario hipotético de la huida. En aquella existencia de miseria omnipresente, la secreta intención de huir comprendía una mezcla de desesperación y esperanza.

En aquella época aprendí yo que hay motivos de huida colectivos e individuales, es decir: generales y personales. Y son igual de poderosos. Solo que los motivos generales no necesitan el refuerzo de los personales para hacer realidad la huida en caso de que, alguna vez, por fin se dé la posibilidad. El motivo general y siempre presente basta; ya hay bastante con la amargura y la falta de perspectivas a nivel colectivo. Está arraigado en la cabeza de todos. Y es una obsesión, la huida se explica como un «porque sí», pues responde a la conclusión: no puede haber nada peor que esto. Esa conclusión se convirtió en una obviedad en la Europa del Este durante décadas. Era general. A la misma conclusión se debe que ahora vuelva a haber mucha gente que huye.

Esa conclusión encierra la resignación total. Por eso es tan descabellado emplear términos como «invasión» o «aluvión» para

referirse a los refugiados que llegan hoy a nuestro país. La huida no tiene nada que ver con la agresión. La huida, en cualquiera de sus detalles, siempre es defensiva.

Para mí siempre ha sido un misterio en qué momento la idea general, callada, inofensiva, se convierte en intento real de huida, con el riesgo terrible que implica y como acto sumamente político. Porque había un punto de inflexión llegado el cual personas comunes y corrientes, resignadas, pacientes, que nunca habían llamado la atención ni se habían metido en nada político, se jugaban la vida y huían a cualquier precio. Porque las fronteras rumanas estaban cerradas, eran territorios de la muerte. En la frontera con Hungría había soldados que disparaban a matar, perros adiestrados que destrozaban a los que huían. Y en la frontera con Yugoslavia, en el Danubio, había barcos que perseguían a quienes trataban de cruzar a nado para hacerlos pedazos con las hélices. Las posibilidades de sobrevivir ni siquiera llegaban al cincuenta por ciento, el final de toda huida bien podía ser la muerte. Y, sin embargo, a lo largo de los años, cientos de miles de personas huyeron en secreto, a menudo en completa soledad. Los disparos, los perros, las hélices de los barcos no intimidaban a nadie.

Yo trabajaba en una fábrica de maquinaria y siempre había algún trabajador de los que siempre llegaban puntuales, de los de fiar, que un buen día no venía al trabajo… y no volvía a aparecer nunca. Al cabo de unos días escuchabas que había huido del país. Muy raras veces escuchabas meses más tarde, cuchicheando y tapándose la boca con la mano, que había dado noticias desde Munich, París o Toronto. Por lo general, en cambio, aquella persona desaparecía de la faz de la tierra y seguía desaparecida para siempre. No había llegado a ninguna parte. Aunque ninguno hubiéramos pensado de él que tenía tales intenciones, a nadie le extrañaba que un día el compañero de trabajo se hubiese lanzado a la huida. Y nadie se horrorizaba si perdía la vida en ello. Un mínimo murmullo de condolencia bastaba a los compañeros. En aquella condolencia incluso había un ápice de envidia, incluso aunque el compañero hubiera muerto. Pura envidia que te dolía. No te alegrabas del mal ajeno en modo alguno, más bien sentías una especie de admiración. Como si le concedieran una medalla póstuma al valor de atreverse a huir. Luego no se volvía a hablar de la persona jamás. Habría sido una frivolidad recordar su muerte en las conversaciones. Habría sido como medio delatarse a uno mismo, puesto que cada cual estaba pensando en huir también. Había que mantener la mente calmada, mantener la huida como perspectiva en potencia, la esperanza de encontrar una oportunidad propia y mejor. Y la mejor manera de hacerlo era guardando silencio.

¿Qué hacía la gente antes de la huida? Algunos iban a ver a una

adivina. A que les leyeran las cartas o los posos del café y así sopesar sus posibilidades. Para anticiparse al azar, tal vez incluso ayudar al destino a serles propicio.

Yo tenía una amiga modista y adivina. Me hacía la ropa. El caso es que una vez dio la casualidad de que estaba donde ella, probándome algo, cuando llegó un cliente a consultar el futuro. Mi amiga se fiaba de mí, nos conocíamos hacía mil años. Me escondió en el cuarto y pidió al cliente que se sentase a la mesa de la cocina. La puerta solo estaba entornada…, yo podía oírlos. En efecto, el tema de la consulta era la huida. Claro, una predicción tiene que resultar creíble, lo fundamental era el texto de la adivina, los posos del café por sí solos no valían. Y el texto era poesía. Más o menos como sigue:

«Aquí veo dos pies, ese eres tú. Y en el lugar donde estás hay verde. No empieza aquí ni tampoco termina aquí. Mucho verde. Mira, ahora veo tu espalda, aquí, muy pequeñita, y el verde crece a tu espalda. No vayas en esa dirección. No te adentres por el campo de maíz, ni por el de tabaco o el de remolachas. Tampoco atravieses el prado, no te metas en el verde. Aquí veo un cuello largo, es un cisne y veo que llegas a un río brillante». La modista se detuvo un momento, suspiró y preguntó: «¿Sabes nadar? Es el Danubio». El cliente le respondió en voz demasiado baja, no llegué a oírlo.

Mientras escuchaba, pensé en lo bellas que eran esas imágenes oníricas. La belleza del lenguaje se le queda grabada a todo el mundo…, tanto más grabada cuanta menos relación con el lenguaje tiene la persona. Cuando no se está acostumbrado a la belleza del lenguaje es cuando mayor efecto tiene. ¿Pero cómo puede ser tan bello mentir?, me preguntaba yo. Aunque era simplificar demasiado, pues la modista pintaba aquellas imágenes con los ojos puestos en los posos del café, descifrándolos, y ella misma se creía lo que contaba. Inventaba, pero no mentía. Y la belleza de aquellas palabras adquiría una dimensión que determinaba el lugar de la huida. En la cabeza, las alusiones se tornaban indicaciones concretas, mapas de la huida, planes con métodos, horas y datos geográficos. La belleza de las palabras se convertía en hechos.

Naturalmente, unas semanas más tarde pregunté a la modista si había sabido algo de aquel hombre, si había logrado huir. Me dijo que había tenido suerte y que estaba en Canadá.

En sus *Conferencias de Frankfurt*, Heinrich Böll menciona muy brevemente «la búsqueda de una lengua habitable».[22] Después de la guerra, en un país donde no solo habían bombardeado las casas, Böll querría decir algo muy concreto con esta expresión. Pero no nos proporciona ni una palabra más que lo explique. Lo deja en el aire, y es lo críptico de la expresión lo que hace de ella una metáfora tan fuerte. Tan convincente y paradigmática. Se puede utilizar como se

quiera. Convertir la belleza de las palabras en hechos puede ser crear esa «lengua habitable», precisamente en una situación de huida. Uno se confía a la lengua para, habiendo huido de su casa, llegar a algún lugar del extranjero donde no se puede estar peor «porque no». Y de Heinrich Böll es casi inmediato llegar a Jorge Semprún, que dice que la patria no es la lengua como tal, sino lo que se habla. O sea, el contenido de lo que se habla puede ser «lengua habitable».

Yo relaciono la «lengua habitable» con la huida, porque en sus charlas Böll también preguntaba a los jóvenes estudiantes si serían capaces de convertir aquella patria que la generación de la guerra encontraba vejada en un «Estado por el que se pudiera sentir añoranza».[23] Para Böll, era una utopía. Porque lo dudaba. Ya que «entre 1933 y 1939, todo aquello que hasta entonces hubiera podido seguir llamándose Alemania de algún modo murió o fue obligado a marcharse al extranjero».[24] Eso lo escribió en 1960 en una carta a Jenny Aloni, que había huido en 1939 de Paderborn a Palestina y mantuvo una amistad con Böll durante toda su vida.

Böll lo dudaba porque, después de la guerra, solo fueron considerados como «expulsados de su patria» los habitantes de los territorios del Este que dejaron de pertenecer a Alemania. En 1973, escribió: «La expresión “expulsión de la patria” adquiere otro sentido, más acertado, situando su inicio en 1933».[25] Pero eso hasta ahora no ha sido así, por desgracia, no le hicieron caso a Böll. En el paisaje de la memoria alemana sigue sin existir un lugar donde se ponga de manifiesto esa primera expulsión de cientos de miles de personas de la Alemania nazi. Donde se muestre lo misérrimo que es un destino como la huida y el exilio. Los interminables caminos hasta México, Shanghái, Nueva Zelanda o Argentina. La desesperación en las fronteras, las casualidades felices y las fatídicas, el horror de acabar con los nervios destrozados para siempre. En 1974, en su discurso en el PEN-Club de Jerusalén, Böll dijo que la palabra alemana para ese misérrimo destino —*Elend*— era «un ancestro remoto de la palabra para la tierra extranjera: *Ausland*».[26] Los emigrantes nunca tenían claro si se podían permitir su añoranza, ya fuera por motivos políticos o psicológicos. Pedirles que volvieran es algo que no hizo nadie. Con la falta urgente que hacían su experiencia y su integridad personal en la Alemania de posguerra.

De todas formas, es posible que la Alemania actual se haya convertido en una «patria año-rabie» a pesar de todo. No solo para los que vivimos en ella. También para las personas obligadas a huir de dictaduras y guerras. Añoran la paz y la seguridad. Y como Alemania puede ofrecerles eso, sienten añoranza de Alemania. Miles de personas sienten la misma añoranza —los europeos del Este de mi generación, incluso sin haber vivido la guerra—, una añoranza de futuro.

Cuando yo iba de Timijoara a Bucarest en el tren, había un tramo de las vías que transcurría en paralelo al Danubio. Se veía Yugoslavia al otro lado. Y cuando empezaba aquel tramo del camino, todos los viajeros del vagón se iban levantando. Sin motivo, sin decir palabra, todos, absolutamente todos salían al pasillo a contemplar Yugoslavia al otro lado de la frontera. Jóvenes y viejos, y entre ellos incluso soldados de uniforme. Reinaba un silencio hipnótico. Como una revelación, todo el mundo sabía lo que estaban pensando los demás. Callar y mirar, ojos como espejos oblicuos. La gaviota o la golondrina que cruzaba el aire a nosotros nos atravesaba la garganta. Y cuando el tren se alejaba del Danubio, todo el mundo volvía a su compartimento sin decir nada. Todos se volvían a sentar, retomaban el tema sobre el que fueran charlando antes… como si no hubiera existido aquella interrupción ocasionada por el centelleo del Danubio.

A mí aquella atmósfera hipnótica del pasillo siempre me intimidaba un poco, me desasosegaba pensar qué pasaría si todos los que iban en el tren pudieran huir por sorpresa. La huida en masa se produjo a lo largo de todos aquellos años, pero en secreto, de manera independiente y en actos individuales a escondidas.

Y no solo fue así en Rumania. Nadie llevaba la cuenta de cuántas personas huían de las dictaduras de la Europa del Este día tras día. Cuando, además, entraron los tanques soviéticos —en 1956 en Budapest y en 1968 en Praga—, más de doscientos mil húngaros y cuatrocientos mil checos huyeron a Occidente. Por eso me da una rabia infinita que los países de la Europa del Este hagan hoy como si la huida no formara parte de su historia. Bien que deberían saberlo también los que ahora «pasean» por Dresde sin poder reprimir su apoyo a Putin.[27] Con la construcción del Muro de Berlín, en agosto de 1961, la RDA aun levantó un cínico monumento a la huida.

Creo que la psicosis masiva de la huida surge cuando esa especie de ojo de huracán que es la desesperación total se adueña de un país. En Siria y Eritrea está pasando eso. Y ese ojo solo se cerrará cuando disminuyan la desesperación, los asesinatos del dictador, la guerra y el apocalipsis del terror islámico. La guerra es un enemigo político, y los refugiados por la guerra son perseguidos políticos y se impone darles asilo a todos y cada uno de ellos. No se le pueden poner límites a ese asilo con el único argumento de que son muchos quienes lo necesitan.

Antes de la huida, las expectativas de futuro no son concretas. Y después de la huida también pueden seguir siendo variables. En cualquier caso, la llegada a otro lugar se siente como salvación. «Salvación» es una palabra exhausta. Pero todo en ella es mejor que la vida con bombas de barril explotando las calles. Heinrich Böll estuvo en la guerra y escribió: «La mayoría morían jóvenes, y no resulta fácil morir cuando se es joven: las palabras oficiales de "asesinado" o

“caído” son un tanto tramposas; son palabras que fingen una irrupción repentina de la muerte, cuando eso solo tuvieron la suerte de experimentarlo unos pocos. Los moribundos se quedan inmóviles de una forma casi displicente, también suelen tiritar de frío, pues la aterradora majestad que se les avecina es fría».[28]

Hasta el momento de la huida existe la añoranza del futuro, pero una vez se llega a donde sea, el futuro se lleva a flor de piel. «Futuro» rima con «seguro», pero eso es ilusorio. Porque «futuro» es una palabra abstracta y lo seguro es algo concreto. Un lugar seguro bajo las plantas de los pies es un lugar real. El futuro, en cambio, es un tiempo irreal que no sabe de sí mismo cómo será. El presente, claro, no se acaba nunca; el pasado lo llevas a cuestas. Quién sabe, igual el futuro empieza con la primera paz que se siente después de la huida.

CON RABIA DE AQUÍ Y CARANTOÑAS DE ALLÍ[29]

«Qué soberbio escenario, las montañas como telón de fondo… El teatro, la escritura y la vida real no se podían separar, pero por qué dolía tanto», dice Liao Yiwu en el libro que escribió en la cárcel. Y de escribir dice que es como «obsesionarse como una mosca con un zumbido repugnante y tener que guardarse de los manotazos».

«Por qué duele tanto» y «guardarse de los manotazos», he aquí la forma más escueta para referirse a las dos cosas clave: una, apaciguar a través de la escritura el tormento de la cárcel que tienes metido la cabeza, y, dos, la amenaza del Estado policial que puede volverte a encarcelar por escribir sobre tu etapa en la cárcel.

Las circunstancias de la publicación de *Por una canción, cien canciones* recuerdan a la aparición de *Doctor Zhivago* hace unos cincuenta años. Pasternak quería a toda costa que su novela se publicase en Italia en la editorial Feltrinelli. Y fue como en las novelas policiacas: a Feltrinelli se le ocurre el truco de que solo sería un mensajero de fiar quien pudiera mostrarle a Pasternak la mitad de un billete cuya otra mitad solo tendría él, Feltrinelli. Y Pasternak le envía un mensaje en papel de fumar de que, de las cartas suyas que reciba, solo serán fiables las redactadas en francés. Motivo de todo ello: el Comité Central del PCUS estaba intentando de todo para que la novela no se publicara. Enviaron delegaciones soviéticas para ayudar al Partido Comunista de Italia a impedir la publicación. Y obligaron a Pasternak a firmar cartas en las que él mismo renunciaba a la publicación. Y el presidente de la Asociación de Escritores Soviéticos, Alexéi Surkov, fue en persona a visitar a Feltrinelli en Milán y así boicotear la edición de la novela con declaraciones de Pasternak falsificadas. Feltrinelli lo describió como «una hiena bañada en almíbar». Pasternak no dio su brazo a torcer. Él quería que se publicara el libro costara lo que costara.

También el Partido Comunista chino intentó impedir la publicación del libro de Liao Yiwu por todos los medios. La presión que sufrió el autor fue tremenda. Le hicieron prometer a las autoridades chinas que

renunciaba a publicar el libro en Alemania. La editorial Fischer sabía, no obstante, que justo eso era lo que él más deseaba. Pero tuvieron que retrasar la fecha de aparición del libro —incluso medio en contra de la voluntad del autor— para protegerlo de ir a la cárcel de nuevo. Y eso que Liao ya había declarado que insistía en la publicación y estaba dispuesto a volver a la cárcel, si no tenía más remedio. Por suerte, no fue así.

En el caso de Liao Yiwu, la intervención de China en el proceso de publicación fue un desastre. Pero otras veces sí que sale adelante. En una exposición colectiva de artistas alemanes y chinos estaba previsto mostrar una serie de doce fotos de uno de los fotógrafos alemanes más conocidos. Después de pasar por la censura china, no quedaron más que dos. Y los comisarios de la exposición y el artista alemán lo aceptaron.

En tiempos de Pasternak, para impedir la publicación de libros, había que recurrir a intrigas, planes de los servicios secretos y delegaciones oficiales. Hoy son antiguos *managers* de grandes empresas alemanas los que se ocupan del asunto. Sueltan sus abucheos cuando en la inauguración de la exposición se le ha negado el visado al sinólogo Tilman Spengler. Los ciegan sus balances económicos. Pero las zalamerías chinas también ciegan a los escritores. En una visita a China, Juli Zeh declaró que entendía perfectamente que, con tal de evitar una guerra civil en China, se aplicaran los aplastapulgares, se persiguiese y encarcelase a los potenciales agitadores, se censurase la prensa y se restringiesen las comunicaciones por Internet. Y pregunta quién se atrevería a plantarle cara al Gobierno y exigir: «¡Dad paso a la democracia, y hacedlo ya!».[30]

Sí, igual que Pasternak, Liao Yiwu hubo de pasar por mucho hasta que se publicó su libro: registros domiciliarios y confiscación del manuscrito en repetidas ocasiones, nuevos comienzos en contra de los elementos y vigilancia constante. Y hemos de agradecer a la integridad y a la responsabilidad moral de Liao Yiwu que no se rindiera hasta terminarlo.

Pero no solo me recuerda al caso de Pasternak por la odisea que supuso escribir el libro, sino también por su contenido. *Por una canción, cien canciones* nos abre los ojos. Igual que en la obra anterior, *El paseante de cadáveres*, el autor nos muestra lo que hay bajo el envoltorio esplendoroso del imperio de nuevos ricos, sediento de poder. Un Estado que gestiona sus cárceles y campos de internamiento sobre el modelo del gulag no es un Estado moderno, sino una lamentable herencia del maoísmo, ahora disfrazado de milagro económico. Y el precio de eso lo paga el pueblo a fuerza de ser reprimido y anulado.

Estos hechos son un pilar del libro. El otro es su tremenda fuerza literaria. Su lenguaje es tan potente que transmite el frío de un insulto y el calor la piel, es rabioso y carismático. En la celda se vive al ritmo del segundero. El sadismo y la compasión se alternan de manera impredecible. La misma persona unas veces es un monstruo y otras una piltrafa. Cualquier comportamiento es desquiciadamente normal, como la propia cárcel. «Que en la prisión preventiva matasen a alguien era tan cotidiano como el arroz de la comida», escribe Liao.

La descripción precisa de la brutalidad de los ladrones y asesinos no contribuye a suavizarla, sino que la desdemoniza. Bajo las circunstancias que se describen, resulta ineludiblemente legítima. Pues el motivo de la deshumanización de los prisioneros, dice Liao, es el propio Estado chino, su «ancestral tradición de gobernar el crimen con el crimen». El arte literario de Liao Yiwu reside en que el sarcasmo de las frases siempre se revela como el reverso del sufrimiento. En los pasajes documentales del libro se entretejen otros muy poéticos. Al leer, esta mezcla no solo se te graba en la cabeza, sino que te hace un nudo en el estómago. El lenguaje de Liao Yiwu tiene un efecto físico, porque viene de haberlo padecido físicamente. Ha tenido que tragarse la privación de sus libertades y la tortura, y así susurra y mete ruido indiscriminadamente y por fin se libera.

Los compañeros de presidio, condenados a muerte, ya se llaman «Chen el muerto» o «el muertecito» en la celda. Este último no tiene más que diecinueve años. Su madre había tenido relaciones sexuales con él y lo engañó con otros. Él la mató a cuchilladas, literalmente la descuartizó como a un animal. Condenado a muerte en la celda, el personaje dice, por otro lado: «La rata tapa su nido y siente algo al hacerlo, como para no hablar del ser humano». Y otro condenado a muerte dice: «Lo único que soy capaz de fingir es ser yo mismo». Porque hay ejecuciones. Y Liao les escribe a muchos la solicitud de indulto y luego, antes de morir, la última carta a sus familiares o el testamento. Y, cuando sacan a uno de la celda para ejecutarlo, dice: «Se ha puesto en camino». Y eso está dicho con tanta bondad que te entran escalofríos. Pero a continuación también lees que al condenado a muerte, la noche anterior a la ejecución y en una celda aparte, aún le ha sacado la sangre el médico de la cárcel. Hasta con eso se queda el Estado.

En la cárcel solo conceden lápiz y papel durante dos horas al mes, en ese tiempo hay que dejar hechas unas diez cartas. Teniendo eso en cuenta, Liao no pudo anotar ni una sola conversación. Así pues, sus diálogos son ficción, están reconstruidos de memoria. Y, al mismo tiempo, las peleas verdaderamente se acaloran, aguantando todos los registros: ira, sadismo, compasión, abatimiento, abandono y soledad.

E igual de revulsivas son sus imágenes del paisaje: «La guadaña de

la luna se había puesto todavía más roja, yo me acosté dentro de aquella herida, las estrellas eran mosquitos de cabeza verde que engullían el infinito resplandor del crepúsculo nocturno». O: «Las calles arrojaban una luz mortecina, era como en la luna: los rascacielos se sucedían unos a otros en la cúpula del cielo, las pequeñas callejuelas eran de una profundidad insondable, como proyectadas por farolillos soñados aparecían ideas comunes al final de ellas».

Y sobre sí mismo escribe Liao: «Oía cómo se me escapaba el alma». O: «Mi corazón era como ceniza muerta».

El poema de la masacre, que Liao escribió tan solo cuatro horas después de la masacre de Tiananmén, fue su perdición. Aquel lamento fúnebre, aquel aluvión de imágenes:

En el nombre de las madres, ¡estrangulad a los hijos!
En el nombre de los hijos, ¡sodomizad a los padres!
En el nombre de las esposas, ¡asesinad a los maridos!
En el nombre de los ciudadanos, ¡bombardead las ciudades![31]

Y los soldados: «Limpian sus botas militares con las faldas de las muchachas muertas».

Y luego, a modo de estribillo, se repite una y otra vez:

¡Abrid fuego! ¡Disparad!
¡Fuego! ¡Disfrutad! ¡Disfrutad!

Este poema de la masacre está escrito —o más bien habría que decir: gritado— en un imperativo presa del pánico, en el tono de las órdenes de la impotencia. Es un imperativo invertido de una virulencia tremenda; lo que pretende es impedir que el ejército mate.

Y después de aquel baño de sangre, en su resignación, escribe Liao: «La masacre sucede en tres mundos. En las alas de los pájaros, en las escamas de los peces, en el polvo más fino».

En este libro, el sinnúmero de atrocidades terribles está escrito como en un torbellino de palabras de purpurina. Y al autor no se le escapa nada. Además, el libro es un magnífico trabajo de memoria. Eso sí, una memoria tan prodigiosa solo puede ser fruto de la profunda observación del instante, es decir, en el mismo momento de la vivencia. Conozco ese mecanismo por lo que contaba Oskar Pastior sobre el campo de trabajos forzados de cómo, en el «punto cero de la existencia»,[32] todo se registra de manera inconsciente, pero, precisamente por eso, con el máximo detalle. A Liao debió de sucederle lo mismo; la percepción funciona sin descanso, a veces es intencionada, a veces inconsciente. En el «punto cero de la existencia» la cabeza hace un *clic* y graba los segundos. Es un instinto de

conservar todo como en una fotografía instantánea que funciona solo, es más, funciona incluso en contra de uno mismo. Los nervios destrozados imponen el afán de observación. La obsesión por observarlo todo hace que la cercanía nauseabunda a la que están sometidos los prisioneros apretujados en los campos se torne un tormento aún mayor. La compulsión por observar deforma cada detalle para volverlo personal, consume las últimas fuerzas aun cuando uno las necesitaría para sí mismo.

Y, a pesar de todo, tal fijación por observarlo todo es una bendición, porque preserva la humanidad, protegiéndolo a uno a traición…, probablemente incluso salvándolo. Pues quien observa tiene una mitad de su persona observando desde fuera, por más que esté completamente metido en la vivencia. Y allí donde la actitud que se impone es vegetar y dejarse morir, observar es la única actividad intelectual posible. La percepción es un tormento, y el tormento de la percepción es una bendición.

Tortura y bendición siempre van de la mano en este libro, se conocen. Pues lo que las alimenta a ambas es la autoobservación. El libro que escribió Liao Yiwu sobre la cárcel es una puesta en escena en el interior de su cabeza que rememora todo lo que vivió en forma de monólogo con todo lo que sucedió. Esta rememoración también es siempre una recaída, lo vivido aumenta porque existirá después de forma abstracta…, claro, lo hará dentro de la cabeza, como dolor fantasma y miedo que arde sin llama. A esas fantasías del miedo las denomina Liao «carantoñas de allí». Uno no se libra de ellas en su vida, ni en casa ni en el extranjero. No se van nunca, pero vuelven siempre.

«Viejo amigo de calva brillante», llama el nobel de la Paz Liu Xiaobo a Liao Yiwu. Hacen buena pareja. Cada uno a su manera, nos han abierto los ojos sobre la China actual. Solo que Xiaobo está en la cárcel por su brillante *Carta 08*, un inteligente catálogo de propuestas de reforma para una China democrática. Ser uno de los redactores de un manifiesto que promueve la reforma política, ese es su «crimen». La vanidad y el miedo a perder el poder del eterno Partido Comunista son tan desmesurados que a Liu Xiaobo le cayeron once años de cárcel por su esperanza de cambio. A los camaradas de hierro les importa muy poco que esa enfermiza manía por conservarse del régimen no solo sea una desvergüenza absoluta, sino, implícitamente, una declaración de bancarrota. Ciegos y cerriles, siguen protegiendo su Gobierno totalitario. También es la única manera de explicarse los bandazos en el trato que está sufriendo Ai Weiwei por parte del Gobierno chino. Falsean los hechos hasta donde el asunto aguante para inventarse los «crímenes» que hagan falta. Lo que pasa es que la cosa no se sostiene, las acusaciones se contradicen entre sí, son un

despropósito encima de otro. Del mismo modo en que ni siquiera las leyes chinas legitiman la condena de Liu Xiaobo. Otro despropósito.

Me hace muy feliz que Liao Yiwu lograra exiliarse en Alemania, en este extranjero nuestro, en lugar de ir a la cárcel. Para él es una felicidad amarga, mucho mayor de lo que se puede concebir. Una felicidad amarga de este tipo, en sí misma, tiene más valor que la felicidad a secas. Siempre se ha pagado por ella un precio demasiado alto, y, sin embargo, todavía es más lo que le ha ahorrado a uno. La felicidad amarga no te sostiene, eres tú quien debe llevarla a cuestas. Impera sobre tu persona con todas las posibles manifestaciones de las «carantoñas de allí».

Patria es el lugar donde uno nace y vive.

O donde nace, ha vivido mucho tiempo, de donde luego se ha ido y adonde ha vuelto una y otra vez para luego volverse a ir.

Para los perseguidos que han conseguido salvarse, patria es el lugar donde nacieron, vivieron mucho tiempo, del que huyeron y al que no pueden volver.

Uno se dice: «Pues que se vaya al diablo la patria». Pero no funciona. Esa patria nunca deja de ser el enemigo más íntimo que tienes. Has dejado allí a todos tus seres queridos. Y ellos siguen corriendo el mismo peligro que corrías tú: si no están ya en la cárcel, tienen que «guardarse de los manotazos».

Su patria no podrá volver a pisarla Liao Yiwu a corto plazo. Pero la felicidad amarga es astuta, crea a propósito una confusión entre la añoranza y la ausencia de añoranza. Le dice a uno con total claridad: nunca habrías querido ser como tendrías que haber sido para que te permitieran seguir allí. Ese condicional ya no es expresión de un deseo, sino una conclusión rotunda. Ahuyenta la tristeza a sabiendas de que esta, sin irse nunca, vuelve siempre. Claro que el «maestro condicional» también vuelve.

Hablamos de patrias… Creo que la felicidad amarga es la patria del condicional. En el exilio, la sientes a diario con rabia de aquí y «carantoñas de allí».

Querido Yiwu, a la felicidad amarga también le sumará la felicidad a secas. Creo que hoy ya lo ha hecho.

MIRA CÓMO SE RÍEN. NO, QUE ESTÁN LLORANDO[33]

Hace cuatro años que compro en esa carnicería. Soy dienta habitual y conozco a la joven dependienta. Hoy le he pedido por primera vez medio kilo de carne de cerdo molida. «*Hackepeter*», me dice la vendedora. Yo no entiendo que no me haya entendido y repito: «Carne de cerdo molida». Su voz sube de tono innecesariamente. «Carne de cerdo picada y con sal, a eso se le llama aquí *Hackepeter*». O sea, lo que le he acabo de pedir. Pero no quiere aceptar que yo me niegue a llamarlo *Hackepeter* y espera a que repita la palabra que me dice. Yo soy incapaz, porque esa palabra la componen el verbo *hacken*, que es «picar», y el nombre de Peter. Me da la sensación de estar pidiendo medio kilo de carne humana. Eso no se lo digo. Me limito a decirle que, después de todo, la carne ha pasado por un molinillo, así que está molida y no picada con un cuchillo o con un hacha. Y que es de cerdo y no de alguien llamado Peter. Pues sí que tendrá que ver con algún Peter, porque por algo se llama *Hackepeter*», me replica.

Si la dependienta no hubiera elevado la voz innecesariamente, como si cualquier recién llegada con poca vergüenza tratara de derogarle un concepto de toda la vida, la discusión hasta podría haber sido graciosa. Ese *Hackepeter*, ese «Pedro en picadillo», por así decir, encierra un humor macabro que me hace cierta gracia. Sin embargo, la vendedora seguía empecinada en su «*Hackepeter*». Como si fueran pareja. Yo no dejé de sonreírme para mis adentros, pero no estaba dispuesta a que se me notase.

A mi lado estaba ya el próximo cliente. Un hombre de unos sesenta años. Alargó la cabeza hacia delante de un modo exagerado, su mirada fría me agarró la mejilla. Mientras yo pagaba mi «*Hackepeter*» en caja, él pidió levantando la voz a propósito: «Dos parejitas de *Landjäger*».[34] Y entonó con especial suavidad la palabra «parejitas». En la pantallita de la caja registradora me apareció a mí el precio del picadillo en forma de cuatro numeritos, y cada uno de ellos se me antojó un gendarme gay que se adentraba por el verde con su amado. Me eché a reír a carcajadas, y el hombre me dijo: «¡Mejor vete a comprar patatas, porque está claro que no te enteras de mucho más!».

¿Cómo funciona esto del humor? Desde que llegué a Alemania, allí donde yo lo encuentro no está permitido. Y, al revés, donde lo ven los alemanes, no lo encuentro yo. Nuestra ¡dea de lo gracioso es diferente, nuestros chistes no coinciden, o se desencuentran sin decirse nada o entran en conflicto. En un país que no es el de uno, cualquier cosa se aprende antes y más fácilmente que el humor. ¿Por qué se creería aquel señor en la necesidad de defender de mí sus parejitas de *Landjäger*? No corrían peligro alguno conmigo. Me sonó muy conmovedor lo de la parejita de gendarmes, yo no hubiera tenido ningún problema en adoptarlos, igual hasta habría comprado esas longanizas en mi siguiente visita a la carnicería por el mero placer de decir en alto: «Dos parejitas de *Landjäger*». Solo que luego no fue así.

A diferencia de Rumania, en Alemania el humor no es un segundo hilo que corre en paralelo al trajinar de las manos o al movimiento de los globos oculares. La delgada cortesía de la vida cotidiana se limita a la sonrisa funcional con palabras no vinculantes. No se producen situaciones divertidas, sarcásticas o cínicas en las que constatar respectivamente el poco aprecio que sentimos por nosotros mismos. Así se impide que, en la interacción espontánea entre dos personas, se fabrique alguna historia circunstancial vinculante o con un contenido cerrado. Si surge de todas formas, es accidental, pues ninguna de las dos personas lo quería, así que la rechaza y la siente como una ofensa.

¿Acaso no es transportable un humor como el que me traje yo de una región remota, acostumbrada a las represalias, la pobreza y las mentiras oficiales? ¿No es transportable ese humor que construye la autoestima a fuerza de ponerla en tela de juicio, porque en el territorio de los derechos humanos garantizados nunca fue necesario recurrir al guiño de cuestionar el valor de cada persona para convencerse de que sí lo tiene? ¿Por qué precisamente aquí, en Alemania, le tienen tanto miedo al juego cotidiano de poner algo en tela de juicio? Cuando, en Rumania, iba a la carnicería a comprar una de aquellas chuletas gomosas e impresentables que eran lo único que tenían y le pedía a la dependienta «una zapatilla», no había ningún problema. Allí el cinismo era realismo.

El humor, para mí, surge de las inseguridades en los detalles de realidades archiconocidas. «Inseguro» y «conocido» no son contrarios. La inseguridad surge todo el rato, porque aquello que conocemos hasta la saciedad cada día nos resulta cien veces familiar y, otras tantas, extraño. Porque aquello que sabemos no deja de saltar para algún lado donde ya no podemos mantenerlo bajo control.

En Rumania, como me despedían de todas partes y siempre estaba sin trabajo o empezando en algún trabajo temporal, más de veinte veces me vi obligada a cambiar por completo lo que eran lugares cotidianos y mis personas de referencia. Aquella vida que era como un

tiovivo en movimiento me llevó a la conclusión de que el humor es una llave para conseguir que se te abra un grupo de personas cerrado, por cuanto que existe previamente, y al que llegas de nuevas. Así te acogen enseguida. Alguien que llega y, nada más presentarse, hace reír al grupo, en pocas frases ha roto el hielo. Ya no hace falta mirar de arriba abajo a esa persona nueva, se la acepta incondicionalmente. Ya se ha visto que no es una egocéntrica que viene a tocar las narices o a poner a alguien en peligro, sino que está al mismo nivel del resto. Una persona divertida significa: no dogmática, capaz de establecer una complicidad; o sea, humana.

Con personas divertidas se pueden compartir las cosas malas como lo más natural del mundo. En Rumania aprendí que el humor es garantía de cercanía entre las personas. Hoy sigo creyendo en esa garantía, en esa chispa que se hace saltar al tomar distancia de uno mismo y a la que cada cual contribuye, porque cada frase se atropella, porque hasta las parábolas más mínimas se salen de sus casillas en todas direcciones, se vuelven paradigmáticas y podrían aplicarse a múltiples situaciones de los días siguientes. Porque con cada retazo de gamberrada suicida ya estará preparada la risa para el día siguiente. De manera natural volverá a salir lo de hoy y se podrá extender a todo lo que nos toque mañana, porque además nos hará buena falta.

El humor es lo surreal que salta a la vista, y, cuando lo real te asfixia, eso se necesita como el aire para respirar. Y el humor no es solo hacer bromas. Inconscientemente, formula rompiendo sus fórmulas, tipifica, y es una forma de análisis de la realidad social; es la forma menos complicada y más agradable de clasificar las cosas. Es la forma más natural, más directa, de analizar algo y comprenderlo. Es una forma de trato íntimo sin necesidad de decir ni una sola palabra sobre uno mismo. Por eso las dictaduras tienen tanto miedo de sus abismos. El humor explicita, en la sonora carcajada, el estado de la existencia, y para no mentirse a sí mismo, provoca el batacazo, aniquila los hechos mediante la irrupción de lo visceral. Y por eso es un arma de doble filo: a la misma velocidad que resulta liberador, se torna despiadado, a veces hace daño sin querer, cuando no viene al caso, o puede ser absolutamente demoledor si apunta a desmontar algo y lo hace con buena puntería.

¿Se puede aprender el humor? ¿Puede uno, cuando lo ve todo más negro que nunca y no le quedan fuerzas para nada, aprender a decirse en silencio, solo mentalmente, o a decirle a otro en voz alta: «Tengo tanto sueño, que de hambre no sé dónde dormir esta noche»? ¿Puede uno insistirse en que eso es lo que debe pensar o decir justo cuando menos ganas tiene, justo porque se le hace tan cuesta arriba? Sí, se puede. Le acabas cogiendo el gusto a algo que sirve de ayuda cuando, en el momento más desesperado, te decides a arremeter contra tu

propia persona una última vez, esta verbal. Porque con ello no empeoras nada, sino que mejoras la perspectiva en su interior, aunque de la exterior no puedas cambiar nada. Se puede aprender el humor, aunque no existiera en el ambiente del que uno es originario. Se puede tomar esa determinación en contra de todo cuanto te han enseñado de niño por envidia de la gente que sí tenía sentido del humor. Te dabas cuenta de que aquella gente tenía momentos de felicidad, un aura luminosa que los envolvía al andar haciendo eses por la libertad interior, ellos solos o con los demás. En comparación con ellos, te sentías en la miseria. Comprendías que sus gestos despectivos no significaban perder todavía más cosas, sino hacerse dueños del instante por el camino más corto a través de la puerta de lo irreal.

En el ambiente de mi infancia, en aquel pueblecito del Bánato suabo, el humor se consideraba lo peor. Un veredicto que soltaba mi abuela día sí, día no era: «Por la risa se reconoce al necio». Yo de niña, cuando chillaban las golondrinas recién salidas del huevo, con aquellos picos de borde amarillo en forma de triángulo asomado al borde del nido, decía: «Mira cómo se ríen». Y mi madre se apresuraba a decir: «No, que están llorando». Así es como ella quería que fuera el mundo, así tenían que verse las cosas. El otro enfoque, el contrario, nunca se lo permitió.

Hasta que me fui a estudiar a la ciudad a los quince años no oí reír a carcajadas a una sola boca de aquel pueblo de mala muerte y severidad pura. Sin duda, las circunstancias históricas que les tocó vivir habían hecho estragos. Primera y Segunda Guerra Mundial, después las deportaciones a los campos de prisioneros en Rusia. Trabajos forzados, desnutrición, hambre crónica que casi les costó la vida entre los hielos de Siberia. Luego, la expropiación por parte del Estado, gente que había tenido tierras y se quedó con una mano delante y otra detrás. Pero todo eso ya no se podía cambiar, habían sobrevivido y volvían a vivir bajo aquel pedazo de cielo con tanta mojigatería y tan amargados que realmente era una exageración llamar «vivir» a lo que hacía aquella gente. Al poner el pie en el asfalto de la ciudad le cogí el gusto a la risa. Me negué en rotundo a ser como los de mi pueblo. Los adustos huesos de sus caras parecían habitaciones congeladas. No conseguía quitarme de la cabeza la sospecha de que igual habrían podido recuperarse de los terribles daños sufridos, que nadie ponía en duda, si en los últimos veinte años posteriores a las grandes catástrofes hubieran intentado vivir en lugar de vegetar, si no hubieran castigado a la risa con el desprecio. Renunciaron a ella colectivamente, la autocompasión los llevó al lloriqueo o a la prepotencia y así luego no se enteraron de nada de la política. Obedecieron apocados, jamás supieron manejar una estrategia de defensa.

En la ciudad tuve que lidiar con interrogatorios, registros domiciliarios, detenciones de amigos y amenazas de muerte por parte de los servicios secretos. Llegué a saber muy bien cómo es el miedo construido por el Estado, cuando se te cuela por todos los poros. Hacía mucho que era un enemigo del Estado, que iban a por mí. Pero ninguno de aquellos parientes me preguntó jamás si tenía miedo de romperme. El daño revenido que padecían no les permitía ni percatarse siquiera de que a mí se me rompía la piel a diario. Los fines de semana, cuando iba a visitarlos, no hacían más que rumiarme su pasado en la cara por enésima vez, y nada más…, ni curiosidad, ni un ápice de empatía. Yo lo dejaba estar, ausente, hacía como si los escuchara, callaba, no contaba nada de mí. Mi lugar ya no estaba entre ellos, sino sobre el asfalto, donde me perseguían.

Necesitaba la risa, el humor, como trampolín blanco para rincones oscuros. Y me acordaba de las palizas que me habían dado de niña por mis ataques de risa. A veces me daban en los entierros o cuando alguien se caía en casa y se hacía daño. Me pegaban porque no entendían que los ataques de risa no tienen nada que ver con la alegría, sino que son trampas. Caes en ellas y no te queda otra que escurrirte de risa hasta el fondo. Y te hacen un nudo en el nervio que debería estar liso para servir de agarre. En el ataque de risa aumenta el horror. Y después del ataque de risa viene ese silencio cristalino espeluznante, como un ojo de cristal que se te queda mirando…, mirando cómo tú sola te has puesto en el más absoluto ridículo sin poder evitarlo.

EL OJO DE CRISTAL CHINO

La pobreza es la arbitrariedad con que existen unas cosas junto a otras, a entera merced del azar. Cuando llevas años contemplándola, te das cuenta de que esa existencia sin orden ni concierto en realidad es una planificación consciente de la calamidad humana. Está igual de organizada en el exterior, en las tiendas, que en el interior del cuerpo de las personas. Los gestos y el pensamiento y la manera de hablar se habitúan y se amoldan a la pobreza. En las dictaduras, la pobreza o la carestía son parte de los instrumentos del poder. Las ideologías sobre el papel no bastan para la dominación. Allí donde se llevan a la práctica constituyen el entorno en que vive la gente. Son el país. La pobreza en el país es parte integrante y consecuencia programada de la ideología. A los gobernantes no les afecta, ellos disponen de un Estado rico propio, escondido dentro del país pobre.

Lo que sigue fue en los años ochenta en Timijoara. En el escaparate de una confitería había un tarro de cristal con caramelos viejos a los que el glaseado rojo y verde se les había derretido y remezclado con el calor del verano, y luego, cuando volvió a hacer fresco, se quedó duro y brillante como harina de cristal. Y en el tarro contiguo había cuchillas de afeitar. Y en el siguiente tarro había cajitas de cerillas. Durante años, aquellas tres cosas compartieron escaparate, cada una al lado de la otra. Y yo estuve años pensando que, como persona que veía aquellos tarros a diario, tendría que asumir que sus contenidos guardaban relación. Si pretendo hacer mío ese pedacito de mundo que tengo delante, tendré que encontrar alguna ocupación que dé pie a emplear una tras otra esas cosas que se ven a través del cristal una junto a otra.

Podía chupar un caramelo y, a la vez, sostener una cuchilla de afeitar en una mano y una cerilla encendida en la otra. Podía calentar la hoja de la cuchilla con la llama de la cerilla. El caramelo en la boca me duraría un rato. Claro que la cerilla se habría consumido enseguida y la hoja de afeitar también se enfriaría enseguida. Así que, al empezar a calentar la cuchilla, ya me convendría tener pensado qué hacer con la hoja al rojo vivo: cortar un trozo de cortina o ponerla debajo del grifo para escuchar el chisporroteo al caerle el agua fría.

Podía afilar una cerilla con la hoja de afeitar. Y así tendría un palillo para los dientes. Con el palillo me podría limpiar las uñas mientras chupaba el caramelo.

Podía usar la cuchilla para separar dos caramelos pegados y limpiarla con la cerilla.

Con todo, lo que más veces me venía a la cabeza ante aquel escenario era mi propia piel. El único pero era qué falta hacía calentar la hoja de afeitar para cortarse la piel. El caramelo duraría en la boca. A lo mejor tarda más el caramelo en deshacerse que las venas de las muñecas en desangrarse.

Esto son intentos de subsistir como persona frente a las cosas. Obsesiones que me atormentaban a diario a través de los objetos inmóviles. Las obsesiones por asimilar mi entorno me insuflaban vida. Yo estaba por encima de ellas porque, para pensar todo aquello, necesitaba la cabeza para pergeñar ideas prohibidas públicamente. Y las ideas en la cabeza son lenguaje. No había una sola frase de aquellas ideas que hubiera podido pronunciar en público o escribir en un periódico. Tenía que inventar constelaciones entre mi persona y los objetos, porque esas sí podían variar a diario. Y porque ahí sí tenía yo un papel que determinar yo misma.

Ir hasta el último extremo de las cosas con la lengua en la cabeza daba la impresión de cambiar aquel mundo que la absurda falta de vida de la dictadura tenía establecido a perpetuidad. Como la variación solo tenía lugar en la cabeza y no sucedía ni un centímetro más allá de lo establecido, el juego al que jugaba yo conmigo era ilusión. Pero no solo. Por la ciudad o en casa, a diario me podían espiar, interrogar, registrar, detener o atropellar en un supuesto accidente de tráfico. En las reuniones de la fábrica o de la escuela me podían criticar tachándome de monstruo. Pero a las constelaciones de las cosas y de la lengua de mi cabeza no tenía acceso nadie. Allí era y seguiría siendo independiente, impenetrable e inalcanzable.

Y así pasaba que recurría a aquellas constelaciones en tales momentos.

La primera parte de la reunión de turno correspondía al ceremonial de la política del partido. Con la lectura de las cifras y porcentajes del progreso y las citas de los discursos de Ceaușescu, la aguja ya daba la vuelta a la esfera del reloj dos veces. Luego venía la segunda parte, dedicada a criticar a las personas, a los «elementos negativos» que entorpecían el progreso del que se había hablado en la primera parte. Yo adquiría importancia en esa segunda parte, era tema del orden del día y objeto del vituperio. Por consiguiente, también me comportaba como un objeto. En lugar de prestar atención a lo que se decía de mí, me escapaba de la situación. Ponía en marcha las constelaciones de mi cabeza. Transfería los objetos de los botes de cristal de la confitería al

momento presente. Oía las voces de quienes hablaban muy cerca de mí como a lo lejos, como se oye el viento sin prestarle oídos porque estás ocupada con otra cosa. En la mesa presidencial, yo veía las hojas de afeitar rozando a la persona que hablaba. En la sala, en las caras de detrás de las manos que aplaudían, veía los caramelos que se derretían, rojos con el calor y verdes con el odio; pues cuando las pullas para machacarme eran especialmente fuertes, cómo no iba a ser posible, conveniente, obligado reírse. Y dentro de mí sentía que estaba la cerilla que no habría de encender en aquella reunión. Estaba al mismo tiempo tan lejos y tan condenadamente cerca de los otros que en el interior de mi cabeza surgían parábolas. El momento aumentaba como al ponerlo bajo una lupa hasta quedar congelado como una abstracción y, al mismo tiempo, temblaba en los detalles precisos. Yo me veía como desde fuera, aunque en mi interior reinaban el frío y el calor revueltos. Nadie podía arrancarme de mis caramelos, mis hojas de afeitar y mis cerillas. Yo me apoyaba en aquellas muletas y practicaba a sostenerme por dentro. No decía ni una palabra para justificarme, dejaba que los ataques cayeran en el vacío. Hacer oídos sordos se ve. Y cuando se percibe, no se puede demostrar. En todo momento de la reunión, el mecanismo de mis propios pensamientos tenía que estar en marcha dentro de mi cabeza. No me podía permitir quedar a merced de aquella gente de la sala ni un instante. Las palabras del interior de mi cabeza me protegían de ellos, de los otros.

Proyectar los objetos sobre las personas, porque me trataban como un objeto. Y porque ya hacía mucho que había empezado a enredarme en pensamientos y detalles propios cuando estaba sola conmigo. Tenía mucha práctica. Ahí no había intervención por parte del Estado que me perturbara.

Lenguaje manipulado y personas manipuladas: las dos cosas son lo mismo. Sobre el lenguaje no se puede decir nada. Pues dondequiera que, durante un rato, se da una circunstancia —incluso una circunstancia lingüística, clara en apariencia por no perturbarla presencia humana alguna—, siempre hubo gente presente justo antes y vuelve a entrar gente justo después. No hay una orden sucesivo en la manipulación de las personas, la lengua, el entorno. Solo se puede imaginar todo junto a la vez. Con cada factor por separado no se llega a ninguna parte, porque lo uno se convierte en lo otro sin poder diferenciar cada paso.

Las ideologías convierten a las personas que dicen cosas en lo contrario de personas que dicen cosas. Hablar se convierte en lo contrario de entenderse. Lo que se mueve dentro del marco de lo permitido, lo que se puede verbalizar es como mover la lengua para no decir nada: piezas de lenguaje prefabricadas y fórmulas huecas. Se

magnetizan, sabiendo que solo sirven para algo cuando se juntan cuantas más, mejor. Cuando sale la primera pieza, todas las demás ya están ahí, pero aun así la situación transcurre como si hubiera que reunir la totalidad de las piezas. Se demora lo suyo. Como no hay manera de llegar a ninguna parte, ni está permitido hacerlo, se tarda inevitablemente más que desarrollando una idea paso a paso. Esa morosidad está planificada como sustituto de la falta de contenido. Y esa morosidad es tiempo ocupado y agota tanto como solo puede agotar la absoluta falta de sentido. Agota tanto como leer los discursos de Ceaușescu. El agotamiento también es un elemento para dominar.

Los discursos de Ceaușescu llenaban dos, a veces tres páginas del periódico. Un guirigay de letras tamaño pata de mosca; llevaba dos, tres horas leerlo. Como ya se sabía lo que ponía, se tardaba más que con cualquier texto que contuviera ideas no esperadas. Y era tan agotador como las reuniones al cabo de un instante. Ese agotamiento vacío no se da en otras situaciones. Al terminar de leer, igual que al salir de una reunión, era imposible repetir de qué se había hablado. No había contenido, no había lenguaje, más allá de las contadas frases que anunciaban el castigo por algo que el día anterior todavía no se castigaba. Tan solo las prohibiciones se prestaban a ser repetidas palabra por palabra. Había que aprendérselas. Y se trataba de que, en aquella nada que rellenaba páginas enteras, el sano juicio se sintiera impotente y sepultado bajo el escombro de aquella palabrería que no precisaba de explicaciones.

Del mismo modo, en las conversaciones privadas de la gente, en el recorrido de una sien a la otra y en la lengua, existía ya esa especie de mancha lista para deformarse: esas piezas prefabricadas listas para ser utilizadas como lenguaje propio, personal. Así, por ejemplo, en el tranvía, la gente que se pasaba de mano en mano el billete para picarlo en la máquina del fondo acababa diciendo: «¿Podría usted “perforarme" el billete?» en lugar de «¿Me podría picar el billete?». Así era como la política lingüística del régimen implantaba el tecnicismo del progreso en la tremenda miseria de la vida cotidiana. Del mismo modo, en la conversación privada, la gente ya no hablaba de la imprenta de la ciudad, sino del «Instituto Poligráfico». A diario, durante todos aquellos años, desaparecían palabras que venían a ser reemplazadas por ese tipo de piezas prefabricadas manipuladas. Cierto es que la palabra «imprenta», ahora vallada y bajo la estricta vigilancia de militares y servicios secretos, se quedaba corta para aquel edificio impregnado por la suciedad y el estrépito de sus máquinas viejísimas. Ahora bien, el término oficial de «Instituto Poligráfico» era un fraude, una desvergüenza. Quien repetía aquella fórmula impuesta por el Estado había adoptado la visión falseada de la realidad, anulándola con ello. Entre la realidad y la forma de referirse

a ella quedaba la falsedad que imperaba por todas partes en aquel país. En las palabras de paz, felicidad, igualdad de derechos, solidaridad, compromiso voluntario con el trabajo.

Yo había leído *LTI - Lingua Tertii Imperii*, el libro de Victor Klemperer sobre el lenguaje del nacionalsocialismo.[35] El filólogo describe la progresiva privación de los derechos y la apropiación de todas las esferas de la vida del individuo en relación con la manipulación del lenguaje. Y veía cómo aquel libro seguía escribiéndose a diario en mi entorno, una dictadura de otro tipo, a costa de los derechos de la población. El método que sigue el Estado es la repetición sistemática. Y al igual que sucede en el agua, cada repetición da lugar a un círculo que llega un poco más lejos. Lo manipulado se repite tanto y pasa sin escrúpulos por encima de todo que, al final, esos círculos lo recubren todo. Cuando desaparece la capacidad de juzgar por uno mismo, engaño cumplido.

De la imposibilidad de escapar a esa manipulación surge, a su vez, un comportamiento que busca salvar lo individual. Consiste en soltar palabrotas a diestro y siniestro. Ristras de palabrotas que juntan y revuelven a los santos con los órganos sexuales, formando un lenguaje propio. Las constelaciones que se forman a partir de esos improperios pueden ser tan variadas como las que hacía yo con los caramelos, cerillas y cuchillas de afeitar. Las blasfemias están vivas. De ellas no puede abusar la correosa y apelillada morosidad de la lengua del Estado, harta incluso de sí misma. Pues blasfemar, mientras las palabras vuelan, es sinónimo de estar vivo y de ser persona por entero. Las palabrotas que empleábamos no aparecían en el diccionario oficial de la lengua rumana. A pesar de todo, blasfemar estaba permitido como expresión del estado emocional. Allí se derrochaba rabia sin que conllevara consecuencia alguna. El régimen sabía que, soltando tacos, nunca se había llegado a cambiar nada. Otra cosa muy distinta era hacer chistes políticos. Por eso sí se iba a la cárcel. Porque los chistes se salían de lo emocional, y puesto que su objeto solía ser el régimen o incluso el dictador, ahí sí que el Estado se apresuraba a intervenir.

Otra forma de compensación de aquella falta de vida impuesta por el Estado era la insinuación sexual explícita: y cuanto más tímidamente se mostrara el deseo sexual, más agobiante se volvía. Retorcerse las manos al hablar, soltar risitas, tocarse el pelo, limpiarse las uñas y empujarse la cutícula, agarrarle un botón de la ropa a la persona con la que se estuviera hablando… Todo eso formaba parte del repertorio, y no hacía falta articular ni una sola palabra al respecto. Poner el cuerpo a disposición era como lo más natural del mundo.

Claro que no se trataba únicamente del cuerpo en un sentido

erótico. A menudo se trataba también del estatus social que así podía transmitirse sin esfuerzo como parte de aquel componente del cuerpo que se veía como la cosa más natural del mundo. Mucha gente se cosía bolsillos en las mangas de la camisa. Así se podía llevar, por ejemplo, un paquete de cigarrillos extranjeros en el brazo. A las gafas de sol, los bolígrafos, los bolsos o los maletines de marca extranjera tampoco se les quitaba la etiqueta. Sin ella, el correspondiente objeto de uso común tampoco habría sido lo que se quería que fuera: símbolo de que uno tenía acceso al «mundo mejor». Un pedazo de libertad, si cabe. Porque el ojo de cualquiera sabía que, detrás de aquellos cigarrillos y etiquetas latían secretos, ardides, contactos. Aquello no solo eran objetos, sino historias que se contaban solas en cuanto uno exponía cualquier cosa venida del extranjero. Historias que hablarían de divisas, del mercado negro a través de redes prohibidas o de parientes y amigos ricos en el oeste, de privilegios o cargos importantes. También era una forma de lenguaje que no se hablaba el movimiento de los ojos cuando miraban de arriba abajo al otro. Y el propietario de por aquellos bienes deseaba que lo mirasen de arriba abajo. Se moría de ganas de verse elevado por encima de lo común, breve pero notoriamente. Y toda historia contada por aquellos objetos extranjeros tenía delito. Eso la hacía valiosa.

Aquel comportamiento individual que se apartaba de los mecanismos del Estado, que contaba historias sin pronunciar palabra y hacía valer al individuo era siempre un triste ir y venir entre la parábola general y el detalle tembloroso. Donde con más fuerza te sentías individuo era justo donde estabas más lejos de ti mismo. Lo individual, allí donde se imponía frente a la norma, ya estaba deformado de base. En las ridiculeces de las que uno alardeaba y que, para ser persona, empleaba en serio como valores y criterios de medida, imperaba el desvarío. El desvarío imperaba entre el *tú* y el yo, entre él y ella, y en el *nosotros*. Públicamente, todo se expresaba en esa primera persona del plural; el singular casi no aparecía nunca en el lenguaje del Estado. Y, cuando se hablaba en privado, muchas frases empezaban con «tenemos que…». La pluralidad se imponía a la individualidad. Pero el desvarío no solo imperaba en aquel *nosotros*, también lo hacía en el yo. En la propia cabeza, cuando recurría a la contemplación de los caramelos, las cerillas y las cuchillas de afeitar y a mí misma unida a ellos como una sola cosa con su correspondiente lógica. Ahí era un desvarío propio el que imperaba frente al desvarío estatal de la reunión. Y el desvarío imperaba también en la manga con bolsillo para meter el paquete de cigarrillos extranjeros y en la etiqueta de las gafas de sol. Actos que tenían un sentido, porque a través de ellos podías determinar con qué papel aparecer. Actos que, incluso en el absurdo máximo, eran garantía de que conservabas el

sano juicio.

A mí me daba miedo que llegara un día en que ya no pudiera hacer otra cosa que constatar que me había perdido hacía mucho. Perder el juicio como se pierde un pañuelo, sin darme cuenta en absoluto, de eso tenía miedo. Miedo de que otros, otros muy aferrados a la norma, encontrasen mi pañuelo y lo utilizasen al servicio del Estado. Yo sabía que tenía que estar el día entero diciéndome cosas para mis adentros. Que las constelaciones de los caramelos, cerillas y cuchillas de afeitar eran mi desvarío individual frente al desvarío de la norma. Y hasta me creía que aquello que uno se dice para sus adentros es lenguaje en su forma más poderosa. Aparenta ser silencio, pero ahí está la esencia del lenguaje propio. La lengua acompaña en todo. Al final es indiferente si te has cruzado con la gente sin pararte ni decir nada o si te has sentado a charlar con ella. Ahora bien, solo ese lenguaje propio que aparenta ser silencio, puesto que permanece guardado en el interior de la cabeza, determina en qué medida y si se hace uso siquiera del lenguaje manipulado.

Una vez más me encontré frente a una tienda en aquel país pobre. En el escaparate de la farmacia, sobre una servilleta de papel de colorines, había un jarrón con unas rosas de plástico polvorientas. Delante, una hilera de ojos de cristal: marrones oscuros y claros, azules, azul verdoso, moteados. En la farmacia hacía tiempo que no tenían vendas ni aspirinas ni gotas para la nariz. También en los estantes ponían servilletas. De cada uno de ellos colgaba un triángulo de papel, todos de igual tamaño. Así, todos juntos, los picos parecían una hilera de casas cabeza abajo. El caso es que en aquella farmacia sin medicamentos había una vitrina llena de ojos de cristal traídos de China. Igual de variados que los colores eran sus formas y curvaturas. Yo contaba con que me harían algunas preguntas, pero la boticaria no me dijo ni palabra ni yo a ella tampoco. Los ojos de cristal se podían comprar sin prescripción médica, sin medida y sin necesitarlos. Y eso hice. La decisión no me resultó nada fácil. Los sopesé todos. Me compré un ojo de cristal marrón claro, de tamaño medio, de curvatura pronunciada, como quien compra caramelos, cerillas o cuchillas de afeitar. Al día siguiente le pedí a un trabajador de la fábrica que le pusiera una espiguita y soldara la espiga a una anilla metálica. Metí la anilla por la cadena que llevaba al cuello. Me lo puse de colgante. Era verano, el ojo de cristal se movía al andar, mi cuello era libre.

Al cabo de unas semanas, cuando ya me había acostumbrado al ojo de cristal como a una cuchara o a un billete de tranvía, cuando ya ni notaba los golpecitos que me daba al andar, tuve que ir al médico. Esperé mucho hasta que me tocó el turno. El médico, cuando entré, estaba sentado detrás de su escritorio, en el ensimismamiento de rigor

entre paciente y paciente y que forma parte de su rutina. Con voz ausente, me preguntó sin mirarme: «Y bien, qué le pasa». Yo empecé a contarle lo que me dolía. Entonces levantó la vista, se me quedó mirando un instante. Se le puso la cara de un rojo intenso, se levantó de la silla de un salto y me sacó por la puerta a empujones. Mientras me marchaba por el largo pasillo le oí gritar «¡Me cago en todo!». Las palabras «ojo de cristal» no las pronunció.

El ojo de cristal que yo ya ni notaba al andar y del que casi ni me acordaba que llevaba al cuello…, a saber qué historia le habría contado. Y qué sería lo que el médico no pudo soportar de aquella historia.

QUIEN SE SUPONÍA SU PERSONA ERA UN CUALQUIERA O EL ENTORNO INMEDIATO COMO PROTECCIÓN CONTRA LA AÑORANZA[36]

El tren es «una línea clara a la luz de la luna», escribe Georges-Arthur Goldschmidt. Y en ese tren va Arthur Kellerlicht, protagonista del relato *Ein Wiederkommen* [Volver].[37] En esa «delgada línea iluminada por la luna viajaban varios cientos de personas, sentadas o tumbadas, según su riqueza, entre suaves ropas de cama o sobre cuero, pana o madera, durmiendo, dormitando, reflexionando, esperando, tristes, tranquilas o contentas, y de todas aquellas historias que se remontaban décadas en la vida de cada una de aquellas personas no se veía nada, no se oía nada, y, a pesar de todo, en aquella línea mínima en movimiento iba el mundo entero. Era muy curioso que las caras de los viajeros viajaran también, así, sin más […] con todos sus atributos: nariz, labios, barbilla, frente. Todo las había acompañado siempre, en cualquier ocasión había estado siempre con ellas, lo había visto y oído todo», piensa Arthur Kellerlicht.

Desde el principio, los viajes en tren son para Arthur Kellerlicht viajes marcados por el miedo. Todo empieza con su primer viaje en tren, con la herida en lo más profundo que sufre el niño de diez años al que los padres envían a Francia para salvarle la vida de la Alemania nazi. Pues, según las leyes raciales, los judíos alemanes son «culpables de nacimiento», no tienen derecho a vivir. Arthur va a parar a un internado en la Saboya y después, cuando los alemanes ocupan Francia, lo esconden unos campesinos. Los horrores de la época del internado los recoge Goldschmidt en el libro *Die Absonderung* [La separación]: añoranza inenarrable, control total, disciplina a base de castigos sádicos, azotes sobre el cuerpo desnudo con una vara de avellano que le obligan a cortar él mismo, aullidos de dolor, marcas en la piel de color rojo fuego por las que aún tiene que dar las gracias. Y cuenta cómo ese niño, psíquicamente destrozado, como prolongación de la tortura pero también como la otra cara de esta, descubre el placer sexual a través del propio cuerpo, explotando el amor por la

vara de avellano como forma de gozo a la desesperada, el onanismo como «ensoñación carnal». En ese internado pasa ocho años.

Ein Wiederkommen empieza con el segundo viaje marcado por el miedo, del internado del pueblo a París, para estudiar el bachillerato. Arthur ya tiene dieciocho años, vivirá en la buhardilla de un orfanato. Pero la época del internado no acaba nunca, ha calado plenamente en todo cuanto lo rodea. No aprueba los exámenes finales, no tiene la mente despejada. Vive preso del «gran desbarajuste del después». Su profunda herida de base le ha robado a los padres y le ha robado la patria. Una y otra vez se sitúa antes de esa larga época e imagina «lo que le ha quedado de su madre, una silueta con vestidos blancos y vaporosos en el jardín bañado por el sol del verano, bajo las nubes blancas en lo alto. […] Lo cogía de las manos para dar vueltas entre risas, y luego, de pronto, dejó de estar». Y «lo que quedó fue la desoladora embriaguez de la añoranza».

Por todos los que padecieron añoranza crónica se sabe que la añoranza arde como las ascuas y con el tiempo se hace más grande, pero nunca se hace adulta. Y la «separación» de los padres es para Arthur como robarle su propia persona, y eso es lo peor de todo. Ve su cuerpo como mero «acompañante» de algo que no sabe qué es: «Le recordaba a los tiempos del internado, cuando siempre había chicos que se limitaban a existir por las buenas, mientras que él no podía dejar de darse vueltas a sí mismo. […] Y ahí el acompañante que llevaba dentro siempre se burlaba de él».

La búsqueda de la patria y la búsqueda del Yo son los temas de este libro magnífico. Constituyen ese «desbarajuste del después». Goldschmidt inventa para expresarlo unas imágenes tan bellas que duelen, chispeantes de veracidad y que solo se pueden citar, no se pueden contar de ninguna otra manera. Pues Arthur Kellerlicht espera encontrar, sobre todo, «por dónde salir para no ser uno mismo»; «… era como si caminara con zancos, él no formaba parte de aquello, quien se suponía su persona era un cualquiera, y él iba al lado […], no podía marcharse». Arthur cultiva el consuelo de ganar distancia respecto a sí mismo a través de la precisión de los objetos. Anhela una especie de intercambio con el mundo exterior que lo salve, ayudándolo a escapar del interior: «Tal vez habría sido una salida convertirse en mueble, para sentarse encima, o en bolso que llevar en la mano. Sobre todo, deseaba no tener que tomar conciencia de mi persona todo el tiempo; siendo una cómoda o un armario no tendría que hacer nada más que ocupar un lugar donde fuera, sin pensar nada más ni sentir nada más que el propio peso». Este intento de salvarse a través de la observación, por desgracia, no hace sino convertirse en una búsqueda del Yo ampliada al mundo exterior. El protagonista se aferra «a cualquier menudencia que le sirviera de protección de sí

mismo cuando la pena o la añoranza amenazaban con desbordarse en su interior». Y partiendo de esa expresión, «protección de sí mismo», el autor amplía la observación hasta llegar a una segunda expresión, esta exclusivamente suya: «protección contra la añoranza». Arthur Kellerlicht se pregunta si los interruptores de la luz de París serán ¡guales que los del internado: «Eran interruptores redondos con una carcasa de aluminio en torno a una palanquita de punta redondeada que se subía y se bajaba. En el interior de la carcasa, como aislamiento, había un pedazo de cartulina, y cada interruptor la tenía diferente, gris - verde - rosa o de rayas y a veces hasta con partes de letras impresas, y te hacía pensar en las personas que habrían metido allí aquella cartulina, dónde estarían ahora, si seguían con vida siguiera. Aquellos objetos pequeños engarzaban un lugar con otro donde ya habías estado, hacían un poco de protección contra la añoranza».

La descripción puramente técnica del interruptor de la luz termina con la expresión «protección contra la añoranza». La frialdad técnica desemboca en esa expresión. La descripción aséptica del interruptor termina con el *shock* emocional de una expresión jamás escuchada antes: «protección contra la añoranza».

Y esa misma precisión que se requiere para desmontar el interruptor de la luz caracteriza la escritura de Georges-Arthur Goldschmidt. Y hay otra cosa más que demuestra la maestría lingüística del autor: Goldschmidt no escribe «era una protección contra la añoranza», sino «hacían un poco de protección contra la añoranza». Con esas dos precisiones mínimas y delicadas de «un poco» y «hacían de», el sentimiento se vuelve inmenso.

Esa búsqueda enfebrecida, la carga erótica que recae sobre los objetos, la mezcla incestuosa entre descomponer y recomponer el mundo exterior y el interior me recuerdan, en su intensidad, al libro *Acontecimientos de la irrealidad inmediata* del rumano M. Blecher,[38] también judío. Estos dos libros tan alejados entre sí temporal y geográficamente coinciden en su vagabundaje desde la búsqueda de uno mismo hacia la autodestrucción. Lo único es que la búsqueda del Yo de Blecher se queda en la pura expresión de una pubertad hipersensible. Él ya no vivió la aniquilación de los judíos de la Bucovina, murió de tuberculosis ósea con apenas veintinueve años, antes de que el fascismo llegara a Rumania. En el caso de Goldschmidt, la infelicidad tiene una causa objetiva. Se la provocan, en primer lugar, la catástrofe histórica de que la Alemania nazi se escinde de la civilización. Y, en segundo, la añoranza que sufre en esas instituciones que lo castigan en lugar de contribuir a su formación. Así no llega nunca a una conciencia de sí mismo, solo a los autorreproches de que su vida no merecía haber sido salvada. Después de tantos años

en Francia, no es «ni ratón ni gorrión, ni alemán ni francés, ni cristiano ni judío». Primero lo esconden de los alemanes, su vida es algo con lo que «se trajina», luego se salva en las «ensoñaciones carnales», «trajinando» él con su cuerpo para sentirse: «Arthur era un espectador que se saludaba con la mano desde la ventana de su persona y al que nadie veía». O también dice: «Era como si se transportase a sí mismo como quien lleva una pizarra para ponerla delante de la ventana». O: «Y permaneció largo rato de pie frente a sí mismo y se apuntó». Y no le es dado a nadie ver lo que hay en su interior. Allá donde va, arrastra el «pecado mudo» y el miedo a ser transparente. Se convierte en su propio escondrijo.

Arthur Kellerlicht consiente en que lleven su cuerpo de un lado a otro, se somete a los educadores pedófilos del internado. Pero no sustituyen a los padres que tanto echa en falta. Justo eso le enseña a no ponerse nunca en manos de otros. También en el instituto de secundaria rehúye toda relación personal, sigue sin confiar en nada que no sean los objetos vinculados a sus «ensoñaciones carnales»: la vara de avellano, la vela, la manzana ahuecada. Y el paisaje, puesto que «el paisaje era el único que no sabía nada de él».

Las frases de Arthur Goldschmidt salpican en dirección a lo prohibido, se mueven todo el tiempo entre el trance y el análisis: «Esa exposición de la propia persona y el horror de la conciencia de uno mismo son de una sordidez tan ridicula —escribe— que el cuerpo entero se convulsiona. Pillarse a sí mismo *in flagranti* “siendo uno mismo” es, a fin de cuentas, realidad en estado puro, a través de la cual se percibe todo».

El libro de Goldschmidt termina con el tercer viaje marcado por el miedo, este de vuelta a la Alemania nazi. El último capítulo se titula «Vor Ort»: *in situ*. Previamente, obedeciendo a una carta enviada por su hermana mayor, que había permanecido en el país, Kellerlicht ha renunciado a su parte de la casa familiar de Hamburgo. Y a Hamburgo vuelve en el tren con un pasaporte francés en el bolsillo.

Hasta ahí, el «volver» del título comprendía la añoranza y la búsqueda de sí mismo, que se repetían una y otra vez. *In situ*, en la casa paterna, adquiere un nuevo significado: volver, de repente, se convierte en lo contrario de un retorno. De pronto suena con la crudeza de «ir y venir».

Este último capítulo es documental en algunas partes. Los crímenes del periodo nazi se lo imponen al texto: «Como todo el mundo en Europa, Kellerlicht había visto las montañas de cadáveres, […] también había visto las fotos de los alemanes a los que obligaron a pasar por delante, bajo la vigilancia de los soldados americanos, todos en fila, gente a la que igualmente podría haber conocido, gente con el mismo aspecto que se tiene en cualquier otra parte». Él, por el hecho

de haber sobrevivido, se imagina cómplice de los crímenes: «El peso de la culpa en el pecho se le hacía cada vez mayor». Y ante cada alemán con quien se encuentra lo atormenta la pregunta de qué habrá hecho cada cual «con aquel uniforme de color mierda». Los alemanes se compadecen unos de otros, en su duelo por «los buenos tiempos de Hitler». El amigo de su tío, un respetado pintor, le cuenta «sin escrúpulos de ningún tipo» cómo, en 1942, lo seleccionó la Wehrmacht para viajar a Ucrania a pintar los rostros de las mujeres con el fin de documentar los rasgos de la especie inferior, el *Untermensch.*

También la familia le hace sentir que ya no forma parte de ella. «A aquellas personas que nunca habían vivido separadas no podía contarles nada, sin duda no tenían la menor idea de lo que era esa añoranza que te devoraba el pecho desde dentro». La familia se atreve a decirle: «A ti sí que te fue bien».

Y ahora sabemos, como lectores, que Arthur Kellerlicht ha alcanzado la edad adulta, se ha formado él solo en su «gran desbarajuste del después». De golpe, se adueña de él la añoranza de Francia, «hasta el punto de romper a llorar y arrancar la hierba a puñados». En esa añoranza, en cambio, lo que grita es la lucidez *plena*. Arthur es consciente: «Aquel país ya no era el suyo, ya era tarde para eso. […] Tomó el tren de vuelta a París».

En la última página del libro, Arthur conoce «a una mujer muy joven, casi una adolescente, con un abrigo verde de grandes botones verdes, y, aunque la ve por primera vez, sabe que es *ella*, que ya la conocía desde siempre, […] aunque sea la primera vez que la ve». Descubre que el amor «también se puede hacer de manera distinta a la de las ensoñaciones que se montaba solo».

Como última frase —y en ella se revela una vez más la solvencia estilística de Goldschmidt—, adopta el final de los cuentos, donde se dice: Se casaron y fueron muy felices. Pero él modifica la fórmula del cuento: «Se casaron un día de lluvia en primavera, fueron muy felices y tuvieron hijos». Esta frase es una parodia, y al mismo tiempo retira lo paródico que encierra. A lo mejor soy yo la única que lo percibe así, pues no puedo evitar acordarme de que soy hija de un soldado de las SS. Medio me hace reír, medio me hace llorar. Me gusta esa última frase, su descarada melancolía.

El libro de Goldschmidt muestra que los conceptos de experiencia, identidad o migración no le sirven a uno de ninguna ayuda, cuando la vida se pone difícil, cuando se encuentra en una situación crucial. Con una de las típicas expresiones que inventa Goldschmidt podríamos decir que eso son conceptos «prepronunciados».

En la página de créditos del libro, en diminutas letritas negras de pata de mosca, consta que *Ein Wiederkommen* apareció en 2011 en

francés con el título de *L'esprit de retour*. El propio autor se encargó de «traducir el relato, que en gran medida difiere de esta versión». Así pues, en realidad, Goldschmidt escribió dos veces el mismo libro. La lengua alemana trajo consigo esas diferencias necesarias.

Alemania ha puesto un tremendo empeño en evitar que existiera este autor alemán llamado Georges-Arthur Goldschmidt. Le robó a sus padres, su patria y su lengua materna. A diferencia de Paul Celan, Goldschmidt no escribió más que en francés durante muchos años. Y, final y lamentablemente, la única vía por la que pudo recuperar su ser de esas tres pérdidas fue la lengua. Y no creo conocer a muchos más autores que escriban un alemán como el suyo, que te hace palpitar el corazón por dentro de la cabeza. Y a ninguno que haya pagado un precio tan terriblemente alto por cada palabra alemana.

Que la lengua es patria es una perogrullada que nadie debería volver a decir sin añadir, o mejor dicho, sin indicar de antemano una cosa: cuando a uno no se le interpone la patria en el camino, cuando le deja vivir, entonces sí, entonces es patria la lengua.

LA PUÑETERA LUNA EMBORRONADA[39]

Vivir sin llamar la atención… suena a que no es nada. Como si tan solo fuera una cuestión de humildad constante. Como si tan solo se tratase de no hacer nada escandaloso. Puede que eso sea así, en parte, en las democracias. En las dictaduras, todo está sometido a vigilancia y lo más corriente de la vida cotidiana se vuelve político. Incluso aunque uno no quiera asumirlo. La vida que no llama la atención se las tiene que ingeniar todo el rato, sea de manera consciente o audaz o astuta e hipócrita o ciegamente ingenua. Mucha gente vivía medio con mala conciencia y medio tranquila, las dos cosas suelen ir unidas. Se decía que «cabeza agachada no la pilla espada». Así reza un refrán rumano con una larga tradición. Sustenta la indiferencia y la autocomplacencia. Porque sugiere que, cuando alguien tiene problemas con el sistema, es porque se lo ha buscado. La mayoría decía: nosotros no hacemos política. Y tenían una relación infantil con el Estado. Como si literalmente tuvieran que agradecerle su existencia. Yo pensaba a menudo que eso ya no era pertenecer a un país, sino ser propiedad del Estado. No chistar es su forma de colaborar con el Estado. Esa es la gente que sostiene la fachada de la dictadura.

Yo creo que con «hacer política» no solo nos referimos a lo que hacemos, sino también a lo que dejamos de hacer. Yo trabajaba de traductora en una fábrica de maquinaria. Un día se personó en mi oficina un tipo que se presentó como miembro de los servicios secretos, cerró la puerta por dentro y quiso reclutarme como espía. Yo me negué. Se puso como una furia, estampó mi jarrón de flores contra la pared y gritó: Ya te arrepentirás. Te tiraremos al río.

Por el centro de Timișoara fluye el Bega.

De aquel día en adelante, todas las mañanas me citaban en el despacho del director y me insultaban. Me prohibieron volver a entrar en mi oficina. Para que no me pudieran echar por faltar al trabajo, decidí seguir presentándome en la fábrica, como hasta entonces, todos los días a las seis y media de la mañana en punto. Me sentaba a trabajar en las escaleras, entre piso y piso, encima de mi pañuelo. El mundo se había salido de sus carriles. Porque los servicios secretos se

vengaron e hicieron correr el rumor de que yo era una espía por toda la fábrica. Los contados compañeros que me conocían más íntimamente me echaron la culpa de mi situación. Y los demás se creyeron la calumnia. Me encontré literalmente aislada en aquellas escaleras. Los compañeros pasaban por mi lado como si yo no fuera más que una sombra de la barandilla. Hoy sé que, para un perseguido político, verse sumido en la soledad es igual de terrible que el miedo a perder la vida. Lo único bueno que te puede pasar, si acaso, es tener un puñado de amigos en la misma situación e igual de desesperados que tú.

Al cabo de varias semanas de hacerme la vida imposible en la dirección, me echaron de la fábrica. Entonces empezó la época de los interrogatorios de los servicios secretos. Yo iba todas las veces con un cepillo de dientes en el bolso, porque no sabía si, después de aquellos interrogatorios que duraban horas, me mandarían de vuelta a casa o a la cárcel. Yo sabía, durante aquellos interrogatorios, que en el sótano del edificio había celdas con presos. Tenía amigos que conocían aquellas celdas por dentro. Y siempre que me dejaban marcharme a casa pensaba: por suerte no me llevo de la cárcel más que una libertad vacía pegada a las suelas de los zapatos.

Salidas no había, ninguna. Solo había cosas que me engullían, cada vez más. Nevaban pañuelos rasgados, el pájaro de la parada del autobús se metía en el césped caminando sobre las manos, la barba pinchosa del interrogador era de tierra, la madera de los árboles, muebles al viento, la señora del parque se comía un melocotón hecho de la piel de su propia cara. Así empecé a escribir. Las palabras me ayudaban, me permitían, es más: me imponían lo surreal, algo que me iba viniendo de una manera difusa, pero era justo eso lo que me permitía rozar la condición política de los días. Aquellos desvaríos no cambiaban nada del exterior, pero constituían una salida interior. Escribí:

Al volver del interrogatorio
ya no era yo hija de nadie
como ya nadie era familia mía
al borde de la calle estaban los muebles de los árboles
pero el viento de dónde venía

Me había convertido en enemigo del Estado, pero no en espía. Aquello para mí era incontestable, jamás me planteé otra cosa. Hasta me sentí aliviada de a que los servicios secretos por fin les hubiese quedado bien claro que no podían contar conmigo. Para mi madre solo supuso una vergüenza que me despidieran. Los motivos del despido no le interesaban. Ella quería seguir viviendo sin llamar la atención, y yo se lo había estropeado. Dijo:

Otra gente aplaude y gana dinero y tú vas a aparecer un día muerta en una fosa. Eres mi hija, pero no te he criado para eso.

Y luego, después de un silencio:

Pones en peligro a nuestra familia.

Sonó como si yo ya no perteneciese a ella.

Y yo dije:

De vosotros no quiero aprender nada.

De aquella familia había aprendido ya mucho…, pero en negativo. Había aprendido lo que no se hace. Sabía que mi padre se había metido voluntario en las SS. Decían que se fue a la guerra cantando. A su regreso se volvió alcohólico, como muchos del pueblo. En las bodas, los «camaradas», como se llamaban entre ellos, cantaban sus canciones nazis, borrachos perdidos todos.

Y mi tío había caído en la guerra, también soldado de las SS.

Recordaba una escena que de niña no entendí. Apenas me llegaría la cabeza al canto de la mesa. Mi abuelo tenía sobre la mesa una foto de mi tío, su hijo muerto. El tío muerto llevaba el uniforme de las SS y mi abuelo intentaba que no se viera el símbolo del cuello del uniforme. Primero lo raspó con una cuchilla de afeitar, luego aplicó encima un poco de hollín sacado de la puerta de la estufa con la punta del pañuelo humedecida. No sirvió de nada. Lo intentó con ceniza y no sirvió de nada. Y luego con cerillas quemadas. La foto raspada, además, se había abarquillado por la humedad, y aquellas dos eses rúnicas blancas seguían allí, ahora como dos manchas de color claro debajo de la barbilla de su hijo. Se fusionaron en una sola y aun adquirieron un halo, como la luna emborronada de las noches.

El pasado no se iba. Estaba enganchado a la vida de mi familia como una luna emborronada.

Las runas de las SS a mi abuelo le habrían dado igual. Claro que, en la etapa final del estalinismo, en un pueblo pequeño, era más aconsejable que las fotos de la pared fueran ¡nocentes.

Del pueblo me fui a la ciudad a estudiar el bachillerato. Allí me topé con las consignas hipócritas de la dictadura, con sus presuntuosos funcionarios. Por todas partes había espías y maestros en meter miedo. Y luego, gente amaestrada por el miedo que obedecía incluso antes de obligarla a hacerlo. Yo me decía: Tengo justo la misma edad que mi padre cuando se fue a la guerra cantando. Vivo en otra época, pero también vivo en una dictadura. Hay que negarse a colaborar desde el principio, porque, si no, te enredas en la culpa y ya no hay modo de salir. Si no, se te queda una mancha en la vida como una luna emborronada.

En 1987, con los nervios destrozados, llegué a Alemania. Les conté mi vida en Rumania a los funcionarios alemanes de cabo a rabo. Me preguntaban si estaba en el país como perseguida política o

acogiéndome a la pertenencia a una minoría de habla alemana del Este. Yo decía: Las dos cosas. Y el funcionario de turno decía: Para eso no tenemos formulario. Para obtener la ciudadanía alemana me pidieron aportar un justificante de que mi padre había pertenecido a las SS, lo proporcionaba el Document Center de Berlín. Fue un *shock*. Me negué y dije: No quiero que me concedan la ciudadanía alemana gracias a que mi padre fuera miembro de las SS. Para mí es una vergüenza.

El funcionario me dijo: Ya, pero usted es su hija.

Y yo dije: En ese sentido no.

Mi abuelo había querido volver ¡nocentes las runas del cuello del uniforme de las SS en una foto de la pared. Y, ahora, un funcionario alemán quería volver inocentes las runas para tramitar mi ciudadanía, como si tampoco para él tuvieran importancia alguna los crímenes de los nazis.

Ahí estaba de nuevo, la puñetera luna emborronada.

Creo que ahora entenderán ustedes por qué este momento me hace sentir angustia y a la vez un gozo completamente nuevo para mí.

EL CEPILLO DE DIENTES Y LA SUERTE. DISCURSO CON MOTIVO DE LA CONCESIÓN DE LA ORDEN DEL MÉRITO DE LA RFA[40]

La Orden del Mérito de la RFA existe desde hace ciento ochenta años; eso para los historiadores es un periodo. Es historia. Cómo referirme yo a ello. No estoy acostumbrada a pensar en intervalos temporales tan grandes. Por mi vida en la dictadura solo conozco lo contrario: la vida en el instante, y que el tiempo para la duración no exista. Que en decisiones puntuales, apresuradas, se lo juegue uno todo. Inseguridad en todo, interrupciones no deseadas. El colectivo bajo coacción, y, en medio de todo, hipocresía, delaciones, sospechas que crecen como las malas hierbas. Día sí, día también, el estruendo horrible de la propaganda y el sinnúmero de funcionarios…, todos esos negados relamidos de boca sucia y manos limpias. La anulación total de los derechos del individuo. La mayoría de la gente lleva las mentiras puestas, como ropa que ya le ha hecho cuerpo con la carne. No desean la verdad, solo vivir sin llamar la atención cueste lo que cueste. El miedo amaestra. Y eso significa que la gente ya no espera de la vida nada propio, nada que el dictador no autorice.

Se habla del *curriculum vitae* como si esa vida hubiera corrido sin interrupción, cuando yo no he hecho más que tropezar. Cuando hago memoria, el tiempo se rompe en pedacitos diminutos que, al querer juntarlos, no se soportan. Porque, a la par que el miedo, el detalle iba volviéndose más grande que el conjunto. Mi propia casa me resultaba más ajena que la estación, porque al volver me encontraba una silla de la cocina en el dormitorio. O un cuadro de la pared estaba encima de la cama o había una taza llena de colillas dentro de la nevera. Los servicios secretos entraban y salían, en la puerta no se notaba nada. Dejaban señal cuando querían. Lo vivido se te queda metido en la cabeza como un tictac que va para adelante y para atrás como le viene en gana. Es como un bumerán. Cuando ya llevaba muchos años aquí, en Alemania, me fijé en el ¡nocente eslógan de una compañía de mudanzas: «Nos llevamos sus muebles por patas».

El intervalo máximo de tiempo que es capaz de abarcar ese tictac de la cabeza es lo que yo llamo tiempo vital. Es la medida determinante, tal vez incluso la única. Los detalles demasiado grandes y que no tienen cabida en el todo son fruto de los ojos grandes del miedo. El miedo desquicia la mirada sobre el mundo. Los detalles gigantescos y el todo diminuto no nos valen como historia, a lo sumo como historias. Y esas historias van sueltas. Para mí misma, cuando hablo de ellas, siguen siendo tan impenetrables como lo eran antaño, cuando las viví.

Había vivido más de treinta años en la dictadura de Ceaușescu cuando llegué a Alemania en 1987. Me traje de allí tanto tiempo vital robado que hasta hoy necesito volver a robarlo mientras hablo de ello. Hablo en contra de la aniquilación total de la persona en aquellos interrogatorios. El interrogador decía:

¿Quién te crees que eres?

Yo decía:

Una persona como usted.

Entonces me decía:

Eso lo crees tú. Quién eres lo determinamos nosotros.

Y así era, en efecto, en aquella dictadura, y así es y sigue siendo en todas las dictaduras.

Una de esas historias sobre el tiempo vital robado es la historia del cepillo de dientes.

Como enemigo del Estado, me citaban a menudo para interrogarme o me pillaban por la calle, en cualquier parte de la ciudad, y me llevaban donde los servicios secretos. Yo nunca sabía si, pasado el interrogatorio, me volvería a casa o ingresaría en la cárcel. Así que me pasé meses, por si acaso me encarcelaban, con un cepillo de dientes en el bolso. Me lo llevaba a todas partes, si cambiaba de bolso, lo metía. Todo interrogatorio era impredecible de principio a fin. Y, después de cada interrogatorio, por lo general cruzando el aire de la noche, me volvía a casa con mi libertad vacía. Porque nunca me metieron en la cárcel. ¿Por qué? Porque tuve suerte, y aquella suerte era mi cepillo de dientes…, estaba convencida. Dependía de aquel cepillo de dientes, pero la clave era no utilizarlo nunca. Me llevaba el cepillo a mí más que llevarlo yo.

La clave era tener suerte. Y tener suerte es fundamental siempre. Ni que decir tiene que, en 1987, me traje el cepillo de dientes a Alemania en la maleta. Y seguí yendo con él en el bolso.

Al poco tiempo de llegar, hice uno de mis primeros viajes para dar una charla en Florencia. La universidad me ofreció quedarme allí una semana, me alojé en un hostal. El segundo día me senté en un café de la calle. Al ir a pagar, el bolso no estaba: me lo habían robado. Con todo dentro: el pasaporte, el dinero, las llaves del hostal… y lo peor de

todo: mi cepillo de dientes. Me sentí completamente perdida.

Me dijeron que los bolsos robados solían aparecer al cabo de unos días en la oficina de objetos perdidos. Yo no me lo creí, pero no dejé de pasar por allí todos los días varias veces. Y resultó que era verdad: un buen día apareció mi bolso. Con todo dentro… menos el dinero y el cepillo de dientes.

Entonces me dije: Quién sabe, igual ahora que estoy en Europa occidental mi suerte ya no depende de ese fiel cepillo de dientes. Durante años había sido el sostén de aquella libertad vacía. Y otra cosa que también pensé entonces fue: es probable que el cepillo de dientes sea más consciente que yo de que la vida en una democracia es una suerte en sí misma. Y así lo creo, sin duda, hoy de una forma especial.

Gracias a los miembros de esta Orden del Mérito por haberme admitido en su círculo.

NOTAS

[1] Publicado como audiolibro, recitado por Angelika Winkler, Hamburgo, 2011. (*N. del E.)*.

[2] Versión reelaborada del discurso inaugural de la exposición sobre el exilio «Fremd bin ich den Menschen dort» [Una extraña soy para las gentes de allí], pronunciado en la Deutsche Nationalbibliothek el 29 de agosto de 2012. (*N. del E.)*.

[3] Bundesnachrichtendienst (BND) o «Servicio Federal de Noticias» es el nombre de los servicios secretos de la RFA. (*Todas las notas son de la traductora a no ser que se indique otra cosa)*.

[4] Alegre.

[5] Hope también recogió sus investigaciones en un libro titulado *Sounds of Hollywood: Wie Emigranten aus Europa die amerikanische Filmmusik erfanden* [Sonidos de Hollywood: Cómo la música del cine americano la inventaron emigrantes europeos], Hamburgo, Rowohlt, 2015.

[6] Aquí se da un juego de palabras con «diario», no en el sentido de periódico, sino de lo que una persona escribe cada día para sí misma, en alemán: *tagebuch.*

[7] Nelly Sachs (1891-1970) logró exiliarse en Suecia en 1940 justo antes de hacerse efectiva la orden de deportación que ya le habían enviado, gracias a que Selma Lagerlöf intercedió por ella ante un hermano del rey sueco y le proporcionaron un visado. En 1966 recibió el Premio Nobel de Literatura, compartido con Samuel Josef Agnon.

[8] Como resultado de estos Acuerdos o Pacto de Munich que firmaron en septiembre de 1938 los Gobiernos de Alemania, el Reino Unido, Francia e Italia, fue posible la anexión alemana de los Sudetes.

[9] «Arte Alemán Libre» y «Asociación de Artistas Alemanes Libres», respectivamente.

[10] Sobre este concepto, véase la nota 32.

[11] Existe edición española como *La isla del segundo rostro*, trad, de Joaquín Adsuar, Madrid, Anagrama, 1993.

[12] *A* la poesía de Kramer, incluyendo varios poemas, dedica Herta Müller gran parte del ensayo «En la trampa», publicado en el libro del

mismo título (trad, de I. G. Adánez), Madrid, Siruela, 2009, pp. 9-38, así como el capítulo «Duerme todo salvo el miedo» de *Siempre la misma nieve* y *siempre el mismo tío* (trad, de I. G. Adánez), Madrid, Siruela, 2019, pp. 209-220.

13 Esta Federación de Expulsados, que data de 1957, es el resultado de la agrupación de dos «asociaciones de compatriotas» formadas en la inmediata posguerra y cuya principal reivindicación, plasmada en su *Carta* (1950), era ser integrados en la sociedad alemana como ciudadanos de pleno derecho y, sobre todo, que se les reconociera el derecho a la patria.

14 En 2011, Herta Müller escribió una carta abierta a la entonces canciller federal Angela Merkel, reivindicando la creación de un museo del exilio, y, en efecto, consiguió que su proyecto se hiciera realidad con la inauguración, en 2017-2018, del Stiftung Exilmuseum en Berlín. Es una fundación financiada con fondos particulares y donaciones, y la autora es la presidenta de su patronato. El museo, además, tiene como sede un lugar muy simbólico: el lugar donde estuvo el Anhalter Bahnhof, una de las estaciones de tren de larga distancia de la ciudad, desde la que muchos alemanes partieron al exilio en 1933. De la antigua estación (inaugurada en 1841) solo se conserva hoy el pórtico de la entrada, pues sufrió graves daños en los bombardeos y, al quedar en la frontera con el sector soviético y después pegada al Muro, fue demolida casi en su totalidad entre 1959 y 1961. Se está llevando a cabo su reconstrucción, con las remodelaciones necesarias para albergar definitivamente el Museo del Exilio, en la fecha prevista de 2025.

15 Ley Fundamental de la República Federal de Alemania, editada por el Bundestag. Versión en alemán del 23 de mayo de 1949, modificada por última vez el 28 de junio de 2022 (traducida por Ricardo García Macho y Karl-Peter Sommermann), p. 16.

16 Por su gusto por los uniformes ostentosos y llenos de adornos brillantes, a Hermann Göring le pusieron el mote de «Goldfasan» (faisán de oro) y «Lametta-Heini», que podría traducirse como «Don Oropeles» o algo similar.

17 «Literatura de asfalto» es el término que, en 1918, se empezó a aplicar a las obras con un enfoque crítico con la sociedad y la política alemanas, y, por lo general, ambientadas en la gran ciudad, alejadas de las raíces patrióticas. En 1933, Joseph Goebbels lo extendió a todos aquellos autores que no ensalzaban las glorias del régimen y la raza aria, cuyas obras fueron objeto de las quemas de libros.

18 Es una referencia al color del uniforme de las SA.

19 «Al borde del charco, cada gato salta a su manera» es el título de otro ensayo de la autora, publicado en *Siempre la misma nieve* y *siempre el mismo tío* (trad, de I. G. Adánez), Madrid, Siruela, 2019, pp.

189-190.

[20] Este episodio vertebra la novela de Herta Müller titulada en español *La piel del zorro* —el original, de 1992, es *Der Fuchs ivar damals schon der Jäger* [literalmente: «Ya entonces era el zorro el cazador»]—, de claro contenido autobiográfico, pero con muchos elementos elaborados como ficción. Trad, de Juan José del Solar, Madrid, Siruela, 2009.

[21] Discurso pronunciado el 20 de noviembre de 2015 en Colonia con motivo de la concesión del Premio Heinrich Böll. (*N. del E.)*.

[22] Heinrich Böll: *Werke*, edit, por Bernd Balzer, Colonia, vol. 8. «Frankfurter Vorlesungen» (1964), p. 53. (*N. de la A.)*.

[23] *Ibid.*, p. 75.

[24] Jenny Aloni, Heinrich Böll: *Briefwechsel*, edit, por Hartmut Steinecke, Bielefeld, 3, p. 16. (*N. de la A.)*.

[25] Heinrich Böll: *Werke, op. cit.*, vol 9. «Ich glaube, meine Erinnerung liebt mich. Über Max Fürst. Cefilte Fisch» (1973), p. 67. (*N. de la A.)*.

[26] Heinrich Böll: *Werke, op. cit.*, vol. 9. «Ich bin ein Deutscher auf dem Internationalen PEN-Kongress in Jerusalem» (1974), p. 176. (*N. de la A.)*.

[27] Se refiere a varias manifestaciones que tuvieron lugar en marzo de 2022, en las que los participantes alegaron estar «paseando».

[28] Heinrich Böll: *Werke, op. cit.*, vol. 8. «Frankfurter Vorlesungen» (1964), p. 74. (*N. de la A.)*.

[29] Este texto recoge el discurso que la autora pronunció en Berlín, el 27 de agosto de 2011, con motivo de la presentación de la edición alemana del libro de Liao Yiwu *Por una canción, cien canciones*. Del libro existe una excelente traducción desde el inglés de María Tabuyo y Agustín López Tobajas (Madrid, Sexto Piso, 2015). El libro de Yiwu en español incluye un prefacio de Herta Müller, pero está traducido desde el inglés y muestra bastantes diferencias con este original. Hay veces que hasta dice lo contrario y el estilo tan seco de la autora, como ya es traducción de la traducción, se pierde del todo. Igual es mejor no decir nada de ese prefacio… o sí… En todo caso, había que traducir el texto de Herta Müller desde el alemán, y creo que es revisión del prefacio, puede que ella misma cambiara cosas.

[30] *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 21/11/2006, p. 48. (*N. de la A.)*.

[31] Los versos están citados de la edición española *Por una canción, cien canciones*, dado que es el texto al que el lector español puede acceder completo. Como la novela entera, están traducidos del inglés, a su vez traducidos del chino por M. Day. La versión alemana que cita Herta Müller muestra bastantes diferencias formales con este resultado, puesto que recoge la traducción del chino al alemán.

32 Esta es una expresión que acuña la propia autora junto con Oskar Pastior, cuya biografía y experiencia en el campo de trabajos forzados ruso después da lugar a su novela *Atemschaukel*, de 2009, en traducción de Rosa Pilar Blanco: *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*, Madrid, Siruela, 2010.

33 Publicado en *NZZ Folio* [suplemento bimensual del diario suizo *Neue Zürcher Zeitung]*, noviembre de 2002. (*N. del E.)*.

34 Se trata de un tipo de longanizas curadas (similares al fuet), también llamadas «salchichas de cazador», que suelen venderse por pares. La misma palabra —un poco anticuada— significa también «policía rural» o «gendarme», y, a grandes rasgos, se refiere a alguien que patrulla o caza (*jäger*) en el campo (*land)*.

35 *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo* puede leerse en la traducción española de Adan Kovacsics, Madrid, Minúscula, 2001.

36 Discurso pronunciado en la Literaturhaus de Berlín el 30 de mayo de 2012. (*N. del E.)*.

37 Traducido literalmente, el nombre del protagonista sería «luz de sótano». Georges-Arthur Goldschmidt apenas está traducido al español, pero es interesante tener en cuenta que su traductor al alemán es Peter Handke, a quien él a su vez traduce al francés. También es el traductor de Walter Benjamin, Kafka y Nietzsche, entre otros.

38 Está publicado en español en traducción de Joaquín Garrigós, Valencia, Aletheia, 2006.

39 Discurso pronunciado el 12 de noviembre de 2022 con motivo de la concesión del Premio a la Tolerancia y los Derechos Humanos del Museo Judío de Berlín. (*N. del E.)*.

40 Discurso pronunciado el 19 de junio de 2022 en el Konzerthaus de Berlín con motivo de la concesión de la Orden del Mérito de la RFA. (*N. del E.)*.